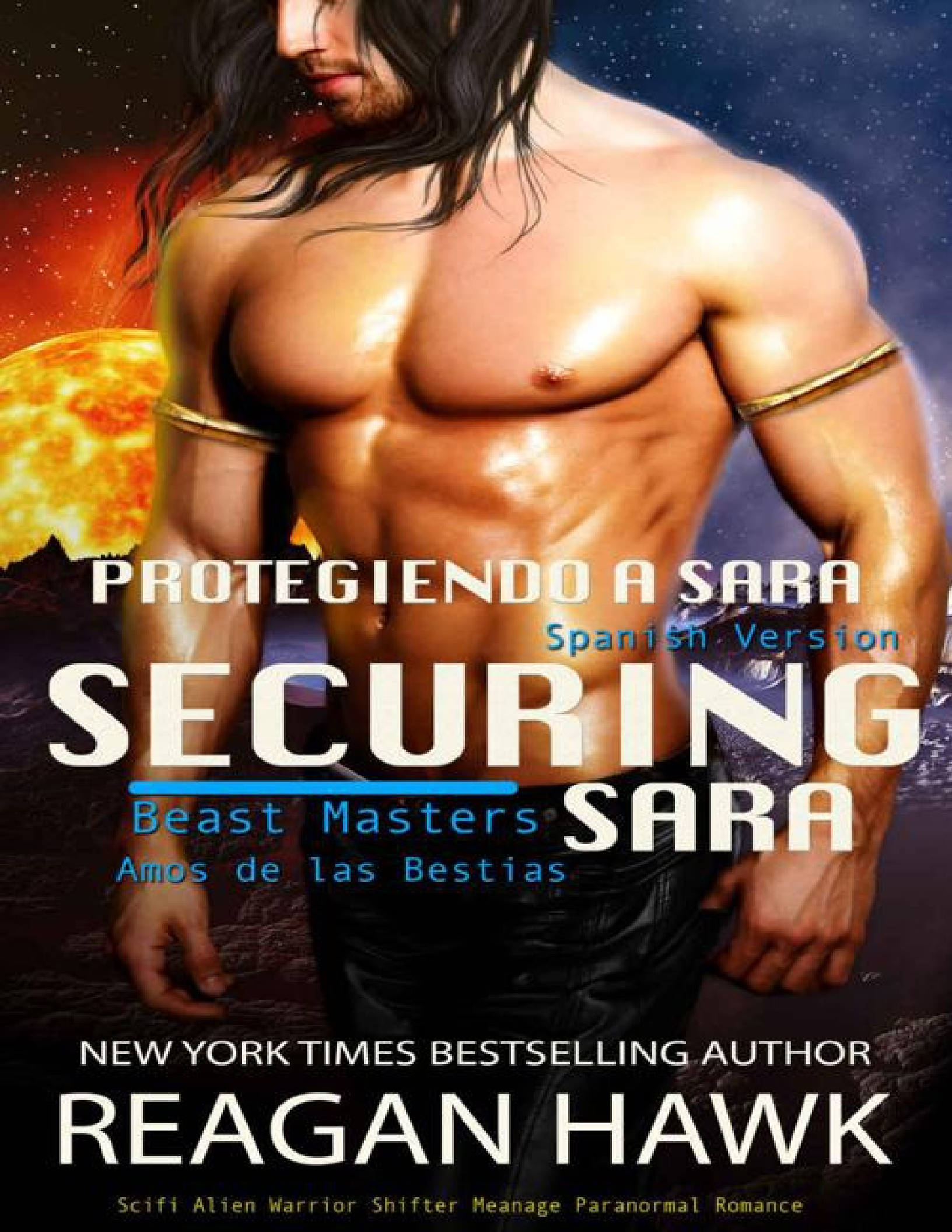

PROTEGIENDO A SARA
Spanish Version
SECURING SARA
Beast Masters
Amos de las Bestias
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
REAGAN HAWK
Scifi Alien Warrior Shifter Meanage Paranormal Romance

PROTEGIENDO A SARA

los amos de las bestias

Libro 2

REAGAN HAWK

Derechos de autor

Protegiendo a Sara (Serie Los Amos de las Bestias) © Derechos de autor 2013 por Reagan Hawk

Primera edición electrónica enero 2013, The Raven Books

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

ISBN 9781625010506

Todos los libros tienen derechos de autor de la autora y no pueden ser revendidos ni regalados sin el permiso por escrito de la autora, Reagan Hawk.

Esta novela es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y lugares son producto de la imaginación de la autora y no deben confundirse con hechos reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con eventos o lugares es mera coincidencia. Novela destinada solo para adultos. Debes ser mayor de 18 años para leerla.

Tenga en cuenta: Nuestros procesos de traducción y edición pueden combinar la experiencia de traductores humanos con herramientas lingüísticas avanzadas. Aunque nos esforzamos por alcanzar la máxima precisión, algunas contribuciones pueden proceder de hablantes no nativos o de sistemas automatizados

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

Sobre la autora

Sobre el libro

Este libro fue traducido del inglés.

Jaston y Malock fueron una vez tan cercanos como hermanos. La guerra y las cicatrices que dejó cambiaron eso. No es hasta que una mujer, acusada de un crimen, llega a su planeta en busca de santuario, que pueden dejar de lado sus diferencias. El problema es que ella no está tan dispuesta a someterse como les gustaría. De hecho, es tan enérgica como cualquiera. Los machos de Ralen son naturalmente dominantes y la necesidad de reproducirse está sobre ellos. Si no lo hacen pronto, corren el riesgo de que El Calor los supere.

Sara no es de las que se doblegan al capricho de nadie, y menos aún al de dos machos alfa fornidos que no solo quieren darle placer, sino también ponerle un collar de por vida. No quiere admitir que tiene sentimientos por ambos hombres y, peor aún, que desea someterse a ellos. Quiere que la dominen hasta llevarla a un frenesí orgásmico. Demasiado terca para admitirlo ante ellos, se encuentra aceptando vivir una vida de servidumbre en una Casa de Placer en lugar de simplemente decir la verdad: los desea a ambos.

Capítulo Uno

JASTON DE RALEN arrojó sus piezas de juego sobre el tablero de Bayabin y se rio mientras una serie de gruñidos y gemidos descontentos sonaban de los guardias que supervisaba a diario. Los demás habían perdido contra él en Bayabin... otra vez. Siempre había sido bueno en ese juego que era parte estrategia, parte habilidad y parte suerte. Recogió sus ganancias y se puso de pie, estirándose por completo después de haber estado sentado demasiado tiempo en un solo lugar.

Le gustaba estar en movimiento, no sentado, pero a los guardias bajo su mando les agradaba cuando se unía a ellos en su tiempo libre. Solo lo hacía en raras ocasiones.

Malock, un rival que en un momento Jaston había considerado un amigo cercano, se acercó y aplaudió con desprecio. No había forma de confundir la mirada burlona en su rostro. Levantó una ceja, mostrando una de las cicatrices visibles que había obtenido durante la Batalla de Tasieni. Una batalla en la que habían luchado codo con codo. Una que había marcado el comienzo del descenso de Malock.

Gente inocente murió durante la batalla, y Malock aún llevaba la culpa muy cerca de su pecho, aunque nada de lo que pudiera haber hecho habría evitado la tragedia. Todos los hombres habían pensado que la mujer que entró en el edificio no era una amenaza, que buscaba refugio como muchos de los aldeanos de la zona. Los hombres habían asumido que lo que sostenía era un bebé envuelto.

Cuán equivocados habían estado.

Jaston cerró los ojos por una fracción de segundo, recordando el horror de todo aquello, cuando se dieron cuenta de su error. Malock había intentado derribar a la mujer enviada para matar a tantos, solo para ser lanzado hacia atrás por la explosión. Llevaba las cicatrices de la prueba tanto en su carne como en lo más profundo de su ser. La cicatriz en su rostro, que se extendía desde su frente hasta su mejilla derecha, era la más visible.

El cabello largo y castaño del hombre tocaba sus anchos hombros. Durante los últimos ciclos, Malock lo había llevado recogido en la nuca, endureciendo aún más su apariencia de lo que ya estaba. Era inusual verlo con el pelo suelto ahora. Algo andaba mal con él, incluso más de lo normal. Sacó pecho y puso una mano en su cadera. —¿El gran Jaston los vence a todos una vez más? Noten que no juega conmigo. Sabe que soy un adversario digno, así que se esconde con el rabo entre las piernas entre los jóvenes.

Jaston gruñó. Se habían acabado los días en que hacía todo lo posible por ignorar los desaires de Malock. Venían con demasiada frecuencia últimamente. Jaston sabía que Malock sufría por la pérdida de tantas vidas. Que el hombre al que solía llamar amigo había dado tanto de sí mismo

durante la batalla y había dejado mucho de él en aquel planeta. Incluso con ese conocimiento, se hacía cada vez más difícil aceptar ciegamente el comportamiento cada vez más destructivo de Malock.

Los hombres bajo el mando de Jaston decían poco, pero sus miradas lo decían todo. Estaban esperando una pelea entre los machos alfa. Una se había estado gestando durante algún tiempo. Últimamente, Malock había estado presionando cada vez más, haciendo todo lo posible por provocar algún tipo de pelea. Ahora no era un momento prudente. La bestia de Jaston ya estaba al borde de liberarse. Estaba más cerca de El Calor de lo que estaba dispuesto a admitir, y si la dejaba salir, temía poder matar a otro, posiblemente incluso a Malock.

La mirada de Malock se iluminó con diversión, como si percibiera lo cerca que Jaston estaba del límite. Sería típico de Malock no importarle. Presionar más fuerte. Intentar arrastrar a otros a su mundo de oscuridad y desesperación. Dejar a Jaston sin otra opción que caer al abismo.

Aladore, un guardia bajo el mando de Jaston, se acercó a él y compartió una larga mirada. Aladore era cincuenta ciclos más joven que Jaston, pero ya mostraba signos de potencial de liderazgo. Era capaz de suavizar la mayoría de las disputas entre los hombres. Esta no era una en la que hubiera tenido mucha suerte. Aun así, lo intentaba. El clan de Aladore era conocido por sus habilidades para mantener la paz. Lamentablemente, no hacían nada por la tensión entre Malock y Jaston.

—Transfórmate —dijo en voz baja a Jaston. Su cabello era tan rubio que bordeaba el blanco. Un rasgo que venía de su familia. Nunca hubo duda sobre a qué clan de la bestia pertenecía Aladore—. Sé uno con la bestia. Necesita ser libre. Estamos en tiempo libre ahora. Úsalo para desahogar la rabia.

Con un movimiento de cabeza, Jaston pasó junto a Malock, chocando intencionadamente hombro con hombro. Malock simplemente se rio y el sonido irritó los nervios de Jaston.

—Ven, se va en lugar de enfrentarse a un verdadero oponente —se burló Malock.

Jaston salió disparado hacia la línea de árboles. Los bosques de rápido crecimiento de Ralen a menudo cambiaban tan rápidamente que resultaba difícil encontrar el camino si uno no estaba atento. Ya el azul profundo de las hojas del árbol talium mostraba amarillo en las puntas. Marcaba el final de la temporada cálida y el comienzo de la fría. Las temperaturas en el planeta habían comenzado a fluctuar y pronto se volverían gélidas. Con el frío llegaba El Calor, estacional para los machos más jóvenes, pero los mayores lo combatían todo el año, más aún en el frío. A pesar de su nombre, estaba lejos de ser bienvenido sin importar el clima.

Con un rugido, Jaston se quitó el taparrabos de un tirón y saltó al aire. Permitió que su bestia tomara el control, transformando su cuerpo de hombre a depredador. El cambio era relativamente indoloro. Sus patas aterrizaron casi sin hacer ruido en el suelo del bosque. Siguió corriendo a toda velocidad, permitiendo que la naturaleza lo rodeara. Necesitaba quemar energía y el deseo de derribar a Malock.

Corrió hasta que la bestia se calmó y luego caminó hasta el borde de un pequeño arroyo. Inclinando la cabeza, se calmó y luego comenzó a beber agua fresca y fría del arroyo. Cuando tuvo suficiente, retrocedió del borde y volvió a su forma base, la de un hombre. Se quedó de pie desnudo cerca del agua, sus músculos doliendo por el sobreesfuerzo, pero estaba contento porque la carrera había sido muy necesaria.

Se inclinó ante el arroyo y recogió un puñado de agua fría. Se la puso en la nuca y la frotó alrededor del pecho. Su temperatura corporal siempre era más alta después de una transformación completa. Recogió más agua y dejó que se derramara por su torso. Mientras goteaba hasta su miembro expuesto, tomó su eje en su mano y supo que había llegado el

momento de aliviar el otro ardor: el sexual.

Las Casas de Placer ya no le atraían, cuando en un tiempo lo habían sido todo para él. Hubo una época en que iba dos veces al día durante casi cinco ciclos seguidos. Habían alimentado sus deseos carnales hasta cierto punto, pero lo dejaban vacío al final de todo. No lo había visto entonces: una señal de El Calor inminente. Se había saciado con las mujeres que residían en las Casas de Placer. Un par se habían convertido en sus favoritas, a las que les gustaba cuando las ataba, las azotaba y luego las tomaba por detrás, su posición preferida. Apelaba mucho a su lado bestial y no tenía que mirar sus rostros.

Acarició su miembro mientras recordaba su última visita a una Casa de Placer. Una diminuta mujer le había chupado el miembro durante horas, incapaz de hacerlo eyacular. Su atención no había estado en la tarea, ni en su boca talentosa. Había estado muy lejos en pensamiento, ardiendo con la necesidad de encontrar a la indicada para él. Una mujer que se uniera a él por la eternidad. Para ser su collar. Una mujer que ahuyentara lo que no quería admitir en voz alta que estaba sobre él.

Bombeó su largo miembro, desviando la mirada hacia el otro lado del arroyo donde florecía una flor yalenise. Eran raras y solo florecían al final de la temporada. El rojo de su floración era impresionante y siempre le había atraído. El centro era de un blanco cremoso pálido, un fuerte contraste con los pétalos. La mirada de Jaston se nubló mientras se acariciaba el pene, estirándolo con la mano, haciendo lo necesario para permitirse la liberación.

Lo bombeó más rápido y apretó los dientes mientras sus testículos se contraían. Su semilla brotó, cayendo en el arroyo y siendo arrastrada rápidamente. Volvió a enfocarse en la flor yalenise y dejó escapar un largo y tembloroso suspiro.

Por ahora, su cuerpo estaría saciado tras la carrera en forma de bestia y por la tensión aliviada en su miembro. El alivio sería efímero. Siempre lo era últimamente.

Se enjuagó la mano y se dio la vuelta para regresar a la torre de guardia. No le importaba estar desnudo. Ralenium era conocido por sus festivales que no eran más que orgías públicas. La desnudez no era realmente un problema para los cambiaformas. Eran los forasteros quienes tenían problemas con ello.

Su túnica estaba cerca del borde del bosque y captó su aroma. Siguió el olor, encontrando su camino a través del denso bosque con facilidad. Aún quedaba trabajo por hacer y su turno no terminaba hasta dentro de unas horas.

Si no encontraba pronto una hembra con la que vincularse, nada importaría.

Capítulo Dos

JASTON MANTENÍA un ojo en el cielo mientras el pequeño punto que ya sospechaban era una nave mercante se acercaba. Había vuelto a su turno hacía menos de una hora cuando surgió el problema. Afortunadamente, Malock había desaparecido para cuando Jaston regresó de su carrera bestial.

Se había detectado una nave en el radar, aunque ninguna estaba programada para llegar. Las sospechas se dispararon. El planeta Ralen tenía protocolos estrictos en cuanto a la entrada tanto a su órbita como al planeta, y no eran conocidos por ser indulgentes con aquellos que los desobedecían. Eran una raza orgullosa y feroz, conocida por derribar rápidamente una nave que se acercara en lugar de molestarse en contactarla. Una raza respetada por sus habilidades de combate en toda la galaxia.

En Ralen, los hombres superaban en número a las mujeres. Era una dura realidad. Los hombres habían hecho grandes esfuerzos para hacer atractiva la visita a su planeta para las mujeres. Habían organizado eventos en varios planetas. Habían colocado anuncios estratégicamente por toda la galaxia. Habían competido en concursos. Incluso habían ofrecido pagos. Hasta ahora, nada había funcionado realmente. Se habían volcado en métodos ilegales y mal vistos para obtener cargamentos de mujeres. Siendo una raza llena de orgullo, les entristecía saber que tenían que llegar a tales extremos. Pero las mujeres eran vitales para su supervivencia.

Hacerse ilusiones de que la nave que se acercaba llevara mujeres no era una opción, pero si la nave no contenía mujeres, entonces muchos de los hombres de Ralen entrarían en El Celo. Su mirada bajó solo momentáneamente al recordar lo que El Celo le había hecho a su hermano mayor. No pasaba un día sin que Jaston pensara en Jayton y lo extrañara enormemente. Jayton había sido un gran guerrero y un líder entre su gente, pero El Celo había sido demasiado poderoso para que lo superara.

Jaston aún podía recordar vívidamente el día en que su hermano cedió ante la bestia. El día en que sonó el cuerno, alertando a los cazadores de que otro hombre había caído en el estado sin retorno. Jaston era un cazador hábil, un hombre de Ralenium entrenado adicionalmente para situaciones como la de su hermano, enseñado a rastrear a aquellos que habían perdido el contacto con su lado humano. Jaston había liderado uno de los cuatro grupos de caza que habían salido en busca de su hermano. Durante semanas siguieron pistas, a menudo convirtiéndose en los cazados en lugar de los cazadores; Jayton era así de poderoso. En cacerías anteriores, Jaston y los demás habían encontrado y acabado con la vida del afligido. Esta cacería había salido mal. Muchos habían resultado heridos intentando capturar y matar a Jayton. Al final, Jaston había lanzado la lanza que atravesó el pecho de su hermano. Aunque nunca se encontró el cuerpo, Jaston tenía

pocas dudas de que había asestado el golpe mortal. Que su hermano, en forma de bestia, se había adentrado mortalmente herido en los bosques para morir y volver a ser uno con la tierra. Las tierras salvajes de Ralen no eran amables y la vida silvestre que residía allí era letal, al igual que muchas de las plantas que habitaban la zona. No era raro que alguien desapareciera sin dejar rastro.

Garon, el oficial superior directo de Jaston, se acercó y lo miró. Jaston no necesitaba que le dijeran que fuera a la torre de control principal para supervisar la entrada de la nave a la plataforma de aterrizaje dos y asegurarse de que la nave estuviera inmovilizada, inutilizada su capacidad de disparar armas. Girando, se apresuró a entrar en el centro de control principal y apartó a uno de los guerreros más jóvenes apostados allí. Jaston se hizo cargo de iniciar los protocolos de bloqueo. Los equipos de seguridad estaban en su lugar en caso de que la nave no llevara mujeres sino saqueadores, asaltantes o recuperadores en fuga. Ralen estaba demasiado lejos en los confines de la galaxia para que a los Guardias Galácticos les importara mucho hacer cumplir sus leyes. Además, los Guardias Galácticos tenían un saludable temor a los hombres de Ralenium, como debía ser.

Lorne, un compañero guerrero que tenía el mismo rango que Jaston, entró en el centro de control. Evaluó la situación, listo para ayudar si Jaston lo necesitaba. Los relés de señales de las torres exteriores emitieron pitidos, transmitiendo datos a las pantallas. Jaston permitió que el guerrero más joven volviera a ocupar su asiento y ayudara a monitorear las comunicaciones.

Jaston miró a Lorne. —¿Garon tiene órdenes? ¿Ha activado el equipo de defensa planeta-aire?

Lorne tardó en responder. —Las tiene y no, aún no. Prepárate con tus hombres y estate listo para *recibir* a nuestros visitantes.

—Por supuesto. —Jaston tocó el hombro del joven guerrero más cercano a él y las señales fueron enviadas a todas las torres de relevo. Jaston se movió a través de la sala principal del centro de control hacia Lorne.

—¿Comerciantes con mujeres? —preguntó en voz baja.

—Garon cree que podría ser.

Esto era bueno y malo. Ante el pensamiento de las mujeres, El Celo se aceleró dentro de Jaston, ahora más cerca de lo que quería admitir. Podría dañar a una mujer si no tenía cuidado. Pero si no tomaba una como suya, él también podría enfrentar el mismo destino que su hermano mayor. Con un asentimiento, se apartó de Lorne. Tomando las armas, Jaston y Lorne salieron del centro, bajaron las escaleras y se dirigieron directamente al borde de las plataformas de aterrizaje. Estaban preparados para lo que pudiera venir.

Que sean mujeres, pensó Jaston.

Lorne tocó su hombro. *Los Dioses atenderán nuestras necesidades. Serán justos y buenos.*

Jaston se sobresaltó. No había querido dejar que sus pensamientos se deslizaran por el camino mental que todos los hombres de Ralenium compartían. Habían pasado muchos ciclos lunares desde que habían tenido un cargamento de mujeres. Estaban en extrema necesidad.

De pie y listo, observó cómo descendía la nave. Las marcas en la parte inferior se hicieron visibles y entonces supo que la nave pertenecía a los Voxenitas. Su aversión por ellos era bien conocida, pero eran un mal necesario, uno que tenía que superar su odio para asegurar que se trajeran mujeres a Ralen. Su labio se curvó con disgusto y el guardia más cercano a él se aclaró la garganta.

—Señor —dijo el joven guardia. Era toda la advertencia que Jaston necesitaba.

Jaston gruñó. —No mataré a ninguno de ellos... esta vez. —Hizo una pausa—. A menos que

me molesten de nuevo.

El campo de fuerza exterior se retrajo completamente y la nave entró en su etapa final de descenso hacia la plataforma de aterrizaje dos. Jaston nunca prestaba mucha atención a las tecnologías que poseía su pueblo. Tomaba lo que se le imponía y a menudo se retiraba a los bosques para cazar y sobrevivir, aunque tenía una vivienda perfectamente aceptable. Era la envidia de muchos ya que ocupaba un alto rango entre los guardias, pero a Jaston le gustaba ser uno con la naturaleza. No uno con las máquinas. Sus ancestros de antaño no dependían de la tecnología para la vida cotidiana y se habían vuelto feroces.

La bestia de Jaston ya quería ser libre, correr, ser uno con el planeta. Odiaba estar enjaulada dentro de él tanto como él odiaba mantenerla allí. Una vez que las mujeres fueran descargadas y se negociara un precio, cambiaría de forma y correría libre y salvaje una vez más.

La nave tosió antes de llegar a su descanso final en la plataforma de aterrizaje. Hubo un destello rojo, y luego el sistema de defensa del planeta tomó el control. La nave no podría disparar contra nadie ni partir sin su autorización.

Jaston esperaba con el alma en vilo mientras las puertas de la bahía se abrían lentamente. El humo se arremolinaba por los costados, y recordó haber oído que los voxenitas añadían ciertos elementos al aire respirable de sus naves. Esto les facilitaba la respiración, pero para cualquier humanoide, solía causar al menos una ligera molestia y, en algunos casos, alucinaciones o agitación extrema. Cuando el aditivo entraba en contacto con otro aire normalmente rico en oxígeno, reaccionaba provocando una bocanada de humo.

El humo se disipó y el corazón de Jaston se le subió a la garganta. El primer signo de vida fueron las piernas de los voxenitas de baja calaña. Luego, Jaston divisó las señales reveladoras de las hembras. Él y los otros machos de Ralenium a su alrededor inhalaron profundamente. Una a una, las mujeres fueron desembarcadas en un gran grupo apiñado. Parecían asustadas, desnutridas, apenas vestidas y algunas mostraban signos de maltrato.

La rabia que ya sentía por los voxenitas se intensificó, y se encontró dando un paso adelante, listo para enfrentarse a todos ellos. Sus manos ansiaban el cambio. Podía sentir a su bestia cobrar vida en su interior, deseando liberarse, deseando despedazar a los respiradores de branquias y darse un festín con sus entrañas.

Lorne negó con la cabeza. *Todavía no. Asustarás a las hembras.*

Capítulo Tres

LA NAVE se estremeció y se inclinó ligeramente hacia un lado. Sara jadeó y cayó contra la implacable pared de su celda. Sus uñas estaban desgastadas hacía tiempo y las costras en las puntas de sus dedos apenas habían comenzado a caerse. Antes tenía uñas bonitas. Bien cuidadas e incluso teñidas de un rosa claro. Eso ya no existía. Tampoco quedaban casi rastros de la vida que finalmente había construido para sí misma. No era lujosa ni nada, pero era suya y se las arreglaba por su cuenta. Tenía su propio taller de reparaciones y era condenadamente hábil cuando se trataba de arreglar naves, corredores u otros modos de transporte estándar. Tampoco era mala para trastear con otros objetos.

Había adquirido esas habilidades por necesidad y le habían ayudado a labrarse un camino. Una senda que no la dejaba tener que abrir las piernas por monedas como muchas de las mujeres en Panciline se veían obligadas a hacer. Era la profesión más antigua y fiable por una razón, y ahora estaba más cerca que nunca de formar parte de ella.

Los malolientes y raídos harapos con los que sus captores la habían vestido habían desaparecido, reemplazados por un material transparente que cubría muy poco y enfatizaba sus atributos, principalmente sus amplios senos. Los malditos comerciantes zalameros incluso habían mostrado un gran interés en ellos, manoseándolos y hablando entre sí sobre cuánto dinero extra obtendría con ellos.

Bastardos.

Sara estaba agradecida por el tiempo en la cámara de descontaminación que finalmente le habían concedido. Por supuesto, había sido bajo la estricta supervisión de dos guardias que la obligaron a afeitarse casi todo el vello corporal, excluyendo el cabello de su cabeza. A Sara no le importaba. Le gustaba estar depilada. Simplemente no apreciaba tener público. Despreciaba a sus captores e intentaba que casi cada tarea que le imponían fuera un desafío.

Había pasado casi todos los días de su cautiverio intentando escapar. Había viajado en el espacio antes y tenía suficiente entrenamiento como piloto para dirigir una nave si fuera necesario. Odiaba estar encerrada. Un dolor punzante atravesó su hombro izquierdo. Se lo había lastimado al arrojarse contra una de las asquerosas criaturas que la mantenían prisionera. Había sido mucho más fuerte de lo que esperaba, y solo se había hecho daño a sí misma con sus fallidos intentos de libertad.

Sus pensamientos vagaron hacia su juventud, cuando el hogar de acogida para niños huérfanos del que formaba parte la había encerrado por cada infracción que supuestamente cometía. Su objetivo había sido quebrar su espíritu. Acabar con su desobediencia. Casi lo habían logrado. Casi habían quebrado su voluntad de vivir.

Alzó el mentón, orgullosa de nunca haberse rendido, nunca haberse sometido a ellos. Al igual que nunca había facilitado nada a los traficantes de esclavos que ahora la mantenían prisionera. Había sido su propia culpa haber terminado en sus manos. Solo estaba en esa apestosa nave gracias a un juez corrupto en su planeta. Había sido tratada con la misma falta de respeto con la que los malditos hombres pez trataban a todas las demás mujeres a bordo: como si fueran mera propiedad para ser intercambiada y negociada.

Se enderezó cuando la nave se detuvo finalmente con un espasmo. Apareció uno de los guardias, con un aparato respiratorio fijado a su rostro de pez. Cuando habló, su voz sonó distorsionada y difícil de entender.

—Ven —exigió. Blandía una vara eléctrica, aunque las numerosas veces que la habían golpeado con ella no habían producido los resultados que suponía que él esperaba. No le gustaba mostrar dolor ni debilidad.

Se había criado con suficientes chicas de la Tierra en el orfanato como para haber adoptado algunas de sus costumbres. Su favorita, sin duda, siempre había sido levantar el dedo medio en un gesto de *vete a la mierda*. Lo hizo ahora. Aunque llevaba un equipo similar al de los Guardias Galácticos y una insignia que parecía legítima, ella sabía la verdad. Había vivido lo suficiente al margen de la sociedad como para detectar a los falsos e impostores. No recibió el respeto velado que habría dado a un verdadero Guardia Galáctico. En su lugar, recibió su dedo medio en el aire.

Los ojos ya de por sí estrechos del guardia se redujeron a rendijas mientras se abalanzaba sobre ella. Le golpeó la cabeza contra la pared y luego la arrastró hacia la puerta. Tiró de los grilletes alrededor de sus muñecas. La vara estaba cargada con suficiente electricidad como para reducirla a pulpa si lo consideraban necesario. Casi deseaba que decidieran activar el interruptor.

Le gruñó, su largo y rebelde cabello castaño rojizo cayéndole sobre el rostro. Él la empujó con fuerza y el dolor volvió a atravesar su hombro. No pudo evitar el jadeo que escapó de sus labios.

Bastardos.

Odiaba darles la satisfacción de saber que le habían causado dolor. Si hubiera podido averiguar exactamente dónde estaban sus genitales, ya les habría pateado allí. Los malditos hombres pez parecían carecer de órganos reproductores. Empezaba a sospechar que simplemente nacían de huevos.

Él le dijo algo que no captó y ella lo fulminó con la mirada. La agarró por la parte superior del brazo y la arrastró por el largo pasillo.

Alcanzó a ver fugaces vistazos de las otras mujeres, vestidas como ella —como una esclava — y se preguntó quién era quién. Habían pasado meses hablando a través de conductos de ventilación y las paredes metálicas de sus celdas. Se había hecho amiga de varias de ellas, pero nunca había visto sus rostros. Eran voces de esperanza, de algo más, de no estar sola.

Las puertas de la bahía de salida se abrieron y apareció una columna de humo. Varias de las chicas tosieron violentamente y reconoció una de las toses.

Reya.

La chica era de la Tierra y joven. También tenía pulmones débiles y no se adaptaba bien al aire a bordo de la nave. Sara absorbió la imagen de Reya, a quien nunca había visto antes. Era tal como la había imaginado: delgada, frágil, con cabello de varios tonos de rubio y dorado.

El guardia empujó a Sara por la rampa y le tomó un minuto a sus ojos adaptarse al resplandor de la luz del día. Había sido privada de ella durante tanto tiempo. Algunas chicas se cubrieron los ojos, teniendo también problemas con los niveles de luz.

El guardia finalmente dejó de empujarla y se alejó. Pensó en patearlo mientras estaba de

espaldas, pero se contuvo. Quería ser vendida y pronto. Si no la vendían, la eliminarían. Sabía cómo trabajaban los traficantes de esclavos. Su única esperanza era atraer a aquellos que desearan comprar una mujer.

El guardia se mezcló con los de su especie, y Sara echó un vistazo a los hombres alineados y reunidos cerca de la nave. La mayoría no llevaba más que taparrabos que cubrían, sin duda, impresionantes paquetes. Los hombres le provocaron un escalofrío de miedo. En su pasado, con frecuencia los hombres fuertes equivalían a hombres crueles.

Muchos de los hombres frente a ella tenían cicatrices de batalla en sus torsos cincelados. Todos estaban bronceados como si pasaran mucho tiempo al aire libre, y por el aspecto de sus cuerpos, dedicaban mucho tiempo a acondicionarse. Algunos vestían pantalones ajustados que se parecían mucho al cuero que ella había intercambiado una vez mientras trabajaba en los mercados de Denki. Poder, dominio y algo más, algo salvaje, emanaba de ellos en oleadas. Era imposible no fijarse en ellos.

Sus muslos internos se tensaron y comenzó a acumularse humedad. Hacía demasiados ciclos lunares para contar que no tenía relaciones, y no deseaba nada más que atraer la mirada de uno de esos atractivos ejemplares y pasar la noche cabalgándolo hasta saciarse.

No estás aquí por tu placer, se recordó a sí misma. *Estás aquí por el de ellos.*

Una mujer de largo cabello oscuro les hizo señas para que se acercaran. Sara obedeció, aunque no era muy dada a unirse a grupos. Algunas de las mujeres parecían como si fueran a intentar escapar. Se movían inquietas sin cesar y no dejaban de mirar una abertura entre los guerreros.

La morena habló. —Si corréis, enviarán descargas eléctricas a través de vuestros grilletes. Os matará.

Sara frunció los labios, simpatizando instantáneamente con la mujer y reconociendo su voz.

Teon.

Las paredes de sus celdas estaban contiguas.

Teon sonrió a las mujeres. —Soy Teon.

Sara se habría presentado también, pero su atención se dirigió a uno de los guerreros. Su largo cabello oscuro ondeaba ligeramente con la brisa. Sus fuertes rasgos podrían considerarse fácilmente demasiado duros. A ella le atraían. Todo en él lo hacía. Su mirada azul estaba fija en ella y su corazón se aceleró. Sus mejillas se enrojecieron de calor. Se arriesgó a mirarlo de nuevo, solo para descubrir que sus ojos no se habían desviado.

No podía apartar la mirada de las marcas en su pecho y brazos. Tatuajes. Había visto a muchas personas con ellos antes, pero ninguno tan intrincado. Las marcas se enroscaban alrededor de sus bíceps, resaltando lo grandes que eran. Se le hizo la boca agua y su cuerpo gritaba por dentro, deseándolo de maneras que no debería.

Sara apretó los puños, haciendo su mejor esfuerzo para resistir el abrumador impulso de asentir hacia él, como si le dijera que podía tomar de ella lo que quisiera. Ella no era de las que cedían. Y ciertamente no era de las que se sometían.

¿Por qué quería hacerlo?

¿Qué poder tenían sobre ella?

¿Y cómo demonios se habían vuelto tan grandes?

Capítulo Cuatro

LOS HOMBRES se acercaron y luego se detuvieron. Muchas de las prisioneras emitieron sonidos que indicaban su nerviosismo ante la cercanía. Incluso Sara se sintió incómoda. Eran aún más grandes de cerca.

Los hombres grandes tenían un historial de ser violentos con ella. Intentó armarse de valor. No funcionó. Estos hombres eran más grandes que cualquiera que hubiera encontrado antes. Tenían que medir casi dos metros de altura.

Todos ellos.

No solo eso, sino que todos eran musculosos y actualmente miraban a las mujeres del barco como si fueran aperitivos para devorar. La idea tenía mérito, pero con el tamaño de los hombres no pudo evitar temblar de miedo. Detestaba la debilidad en sí misma, pero se acercó más a Teon, dejando escapar un gemido de sus labios.

La mano de Teon se posó sobre el brazo de Sara.

—Está bien. No nos harán daño —dijo Teon suavemente.

—Pero son... son enormes —murmuró Sara, odiando lo patética que se sentía de repente. Era como si fuera una niña, a merced de los hombres grandes que la rodeaban.

—No lastiman a las mujeres —dijo Teon—. Va en contra de todo lo que representan. Son ferozmente protectores con sus mujeres.

Algo de la tensión abandonó a Sara. El guerrero de ojos azules y cabello oscuro cruzó la mirada con ella. En lugar de sonrojarse, se encontró clavando las uñas en el brazo de Teon. Teon le dio una palmadita reconfortante en la muñeca, y con ello Sara recuperó parte de su valor.

Aun así, el impulso de someterse al guerrero alfa que continuaba observándola era grande. Sus rodillas amenazaban con hacer precisamente eso: ceder y obligarla a inclinarse ante él. Se mordió el labio interno, negándose a permitir que tal cosa sucediera.

No me inclino ante ningún hombre.

—Te prometo que no harán nada que tú no quieras que hagan —dijo Teon, como si leyera la continua inquietud de Sara.

Sara volvió a mirar al hombre, solo para encontrar a otro observándola de la misma manera. Este tenía una cicatriz sobre el ojo. Su cabello era de un tono más claro que el del otro hombre que había captado su interés. El nuevo hombre la miraba de una manera que decía que ya se la estaba imaginando extendida debajo de él. Sus pezones respondieron. Quería estar debajo de él.

Sacudió la cabeza. No era de las que cedían tan fácilmente. ¿Por qué ahora? ¿Por qué con estos dos hombres?

Un hombre diferente se acercó a ellas y mostró un gran interés en Teon.

—¿De dónde vienes?

Sara se sobresaltó ligeramente al oír su voz profunda. Teon también lo hizo.

Sara sabía que Teon venía de la Vieja Tierra mientras que Sara venía de uno de los planetas hermanos de la Tierra. Todas las mujeres a bordo de la nave parecían venir de las mismas regiones.

—¿Hablas? —exigió el hombre, con su atención aún fija en Teon.

Sara estaba tan absorta en la cercanía del hombre a Teon que no se había dado cuenta de los dos hombres que se acercaban a ella. Jadeó cuando se dio cuenta de que el que primero había captado su atención estaba al alcance de su brazo. Cuando levantó la mano, ella se estremeció, esperando ser golpeada. Así habían sido las cosas durante meses a bordo del barco.

Él mantuvo su mano extendida, a punto de hacer contacto con ella, su mirada azul pareciendo suavizarse un poco, como si necesitara tocarla. Ella encontró imposible negárselo. Dio un pequeño paso hacia él y bajó la cabeza, una señal de rendición, algo de lo que no estaba tan segura que le gustara.

Su gran mano se envolvió alrededor de su cabello. Se inclinó, respirando profundamente. Estaba tan cerca que ella también podía olerlo y olía a puro hombre, a puro pecado.

—Es del color de la flor yalenise —dijo él, su voz aún más profunda que la del otro que había oído hablar.

Sus labios temblaron de emoción y miedo.

—¿La qué?

Él se acercó más, su gran cuerpo invadiendo su espacio.

—La flor yalenise. Es rara y muy valorada entre los míos. Tu cabello es del mismo color que sus pétalos.

—Oh —susurró suavemente.

Su pecho estaba tan cerca que podría besarlo. Lo habría hecho, si el hombre de la cicatriz no hubiera levantado su mano y la hubiera llevado a sus labios. Mientras plantaba un beso en ella, el de ojos azules le gruñó, sobresaltando a Sara. Estaba acostumbrada a las calles duras y difíciles de Panciline, pero incluso Panciline, con su reputación de problemas de crimen notorio, carecía de hombres de esta estatura.

Podría haber jurado que vio los dientes del hombre con cicatriz alargarse, sus incisivos pareciéndose a los de los lobos katanie que habitaban las regiones exteriores de Panciline. Los animales habían sido entrenados por los guardias de la Unión Estelar Galáctica para atacar bajo comando. Siempre había tenido un miedo saludable a los lobos katanie. Con un jadeo, retrocedió, con la mano del hombre de ojos azules aún enredada en su cabello. Tiró. Ella gimió.

Él soltó su cabello de inmediato, su mano yendo a su mejilla. Parecía estar sin palabras y ella se preguntó cuántas veces en la vida de este guerrero había dicho que lo sentía. Su suposición, no muchas. Casi le dijo las palabras que estaba buscando, pero se contuvo. Si lo enojaba, no había forma de saber qué podría pasar. Podría lastimarla o devolverla a los comerciantes. La matarían.

Los hombres cerca de Teon dijeron algo, pero Sara no escuchó qué. No podía apartar la mirada del guerrero de ojos azules. Él bajó la mano de su rostro.

El de la cicatriz —que no hacía nada para quitarle su atractivo sexual— sonrió. La sonrisa apenas llegó a sus ojos.

—Jaston, ya la lastimas. Sabes que esto va en contra de todos los códigos que tenemos.

Jaston.

Qué nombre tan interesante.

Sara se lamió los labios, insegura de cuánto debería intervenir entre los machos alfa. Aun así,

necesitaba corregir el error pronunciado. Era su naturaleza.

—Él no me lastimó.

—Mientes —dijo el de la cicatriz. La miró de arriba abajo—. Eres muy pálida. ¿No tienen sol en tu planeta? —Le pinchó la costilla—. Y eres muy delgada. ¿No tienen comida?

Levantando la barbilla, sintió que su desafío natural salía a la superficie. Entrecerró los ojos hacia él y él echó la cabeza hacia atrás y se rió, claramente divertido por su ira. El sonido de su risa era rico y profundo. Hizo un gesto hacia Jaston, los músculos de sus brazos flexionándose mientras lo hacía.

—Esta está llena del mismo fuego del que está hecho su cabello. La elijo a ella.

Sara se congeló.

Jaston gruñó, el sonido justo como el de los lobos katanie.

—*Yo* la elijo. Ella será *mía*, Malock.

Cada fibra de su ser le gritaba que corriera, que se alejara, que estaba entre lo peligroso y lo mortal, aunque ambos fueran atractivos a la vista.

Malock se encogió de hombros. —Tú piensas comprarla. Yo planeo ponerle un collar.

¿Ponerme un collar?

El miedo que había estado recorriendo su cuerpo se disipó. Sara puso las manos en sus caderas, su vena terca manifestándose en todo su esplendor. —¿Ponerme un collar? ¿Como a un perro?

—¿Perro? —cuestionó Malock, pareciendo confundido por sus palabras.

—Canino —dijo Jaston—. Los domesticados que tienen muchos de los planetas interiores habitados por humanos.

Malock pareció divertido por esto. Sus ojos oscuros brillaron con un deseo atrevido. —Quizás. Me gusta que mis mujeres estén a cuatro patas y sean obedientes. ¿Vendrás cuando te llame?

El hombre era intolerable. Estaba empezando a cambiar de opinión rápidamente sobre encontrar a alguien que la comprara en lugar de ir al centro de corrección, o incluso morir a manos de los comerciantes. La ira se apoderó de ella. Sara había estado quieta un segundo y al siguiente, se abalanzó sobre Malock, con la intención de borrar la sonrisa presumida de su rostro. Un brazo fuerte la atrapó por la cintura y la sostuvo contra un cuerpo igualmente poderoso.

—Quédate quieta, yalenise. Te provoca para obtener una reacción de mí —declaró Jaston, con sus labios en su oído.

El calor se propagó por su cuerpo. Jadeó y luego puso ambas manos sobre su antebrazo. La tenía en un agarre de hierro y, curiosamente, le gustaba. Su sexo se humedeció y él respiró profundamente, al igual que Malock.

—Está húmeda por nosotros —dijo Malock—. La moza está dispuesta a servir. Quizás debería ser colocada en una Casa de Placer. Si a la moza le gusta la verga tanto como creo, le iría bien allí, sirviéndonos a todos. Se ganaría una buena bolsa con ella. Es agradable a la vista.

Sara cedió al impulso de atacarlo verbalmente. —Estoy dispuesta a arrancarte el...

Jaston usó su mano libre para cubrirle la boca. —Aún no has sido negociada. No hagas nada que haga cambiar de opinión al comerciante sobre la venta. No creo que nadie desee quedarse con ellos. No hagas caso a las palabras de Malock. Las dice para enojarme a mí. No a ti.

Tenía razón. Intentó moderar parte de la rabia que sentía hacia Malock. ¿Cómo podía un hombre tan atractivo ser un imbécil tan grande?

Malock se agarró la parte delantera de su abultado taparrabos. No se podía negar lo que el hombre tenía. Maldito sea por excitarla mientras hacía que le saliera humo por las orejas. —Te

elijo a ti. Me gustan mis hembras con espíritu. Te compraré.

Ella se mordió la lengua y resistió el impulso de arañarle los ojos. Jaston aflojó su agarre sobre ella y se deslizó por el frente de él. Con audacia, se giró para mirarlo de frente. Sus palmas recorrieron su pecho sin vello. El deseo la consumía. Quería tumbarse y abrir las piernas para este hombre. Quería dejar que hiciera con ella lo que quisiera. Malditas Galaxias, incluso quería dejar que Malock se la follara, y eso que era un grandísimo imbécil.

—Ella es mía —repitió Jaston. Su voz sola, esta vez aún más profunda que antes, iba a llevarla al clímax si no lograba controlarse pronto.

Se liberó de él y se alejó de ambos hombres. —No pertenezco a nadie.

Malock le lanzó una mirada que decía "ya veremos".

Sintió que su determinación flaqueaba y supo que se sometería a ambos hombres muy pronto si no tenía cuidado.

Capítulo Cinco

JASTON APENAS PODÍA APARTARSE de la hembra de cabello de fuego. Estaba llena de espíritu, como había señalado Malock. Pequeña de estatura, pero más alta que muchas de las hembras con las que había llegado, llevaba la más fina de las envolturas, mostrando que estaba completamente depilada entre las piernas. Se le hizo la boca agua ante la idea de lamer su hendidura, de verla retorcerse de placer mientras yacía atada a su cama.

Todo su cuerpo se tensó ante la visión de ella allí. Sus pechos eran grandes, pero no en exceso. Un poco más que un puñado. La cantidad perfecta. Sus pezones eran puntas como guijarros que casi le suplicaban que inclinara la cabeza y los chupara a través de la tela. La bestia dentro de él quería salir. Quería follar el botín que tenía delante tanto como el hombre.

Su piel era, en efecto, pálida. Malock no se había equivocado. Tan cremosa, tan blanca. Se pondría rosada de manera asombrosa si Jaston le azotara el trasero, provocándola antes de follarla por detrás. Tal vez incluso por delante, era así de atractiva. Ya podía imaginar su polla abriéndose paso entre los pliegues de su coño. Estaría apretada. Lo sabía. También estaría mojada. Ya podía oler la humedad en ella.

Estaba caliente por el sexo, su coño prácticamente suplicando por placeres. Placeres que él podía proporcionar.

Estaba demasiado cerca de El Celo para atreverse a hacer algo con ella sin una larga, larga visita a su habitación especial en su morada, la habitación que albergaba los objetos creados para dar liberación sexual a los hombres Ralen, pero la idea de que Malock la reclamara le ponía los dientes de punta. Malock no pondría un collar a la belleza que tenía delante. La hembra de cabello de fuego era suya y solo suya. El único collar que llevaría sería el suyo. Ningún otro.

Estaba llena de espíritu, pero podía sentir el deseo de someterse en ella. Se desprendía de ella en oleadas. Se vería tan hermosa de rodillas ante él, tomando su polla entre sus labios rosados. El verde de sus ojos era profundo y le recordaba a las áreas forestales protegidas que había visto una vez en la Tierra. No podía apartar la mirada de sus ojos.

La bestia pulsaba, queriendo liberarse, queriendo unirse a la mujer que tenía delante. No se podía permitir que Malock le pusiera un collar a la mujer. A ella no. A cualquier hembra menos a esta.

Dejó escapar un largo y lento suspiro, temeroso de reaccionar y hacerle daño o asustarla. Maldijo a sus antepasados y la gran enfermedad que había asolado el planeta hace mucho tiempo, dejando a los machos prácticamente intactos, pero destruyendo a su población femenina. Los machos se vieron obligados a buscar fuera del planeta para aparearse. Tal vez no tendría un impulso tan fuerte ahora si nunca hubiera habido escasez de hembras.

No. Eso no era cierto. Sabía que la hembra que tenía delante era diferente. Que había sido creada para él. Suya para ser marcada con un collar, aunque ella no parecía aceptar bien la idea todavía. No podía culparla. Había pasado mucho tiempo fuera del planeta y sirviendo como músculo de alquiler en otros, como la Tierra y sus planetas hermanos. Allí no ponían collares a sus hembras. Usaban pequeños anillos en los dedos para significar sus vínculos. Jaston prefería la manera de su gente: un collar alrededor del cuello no dejaba lugar a dudas sobre a quién pertenecía la hembra, del compromiso que habían acordado.

Ya podía imaginar su cabello de fuego cayendo en cascada alrededor de un collar negro con sus marcas y símbolos. Su mujer se vería feroz y seductora. Y sería suya y solo suya.

Malock la miró lentamente. —Sí, le pondré un collar.

—No harás tal cosa —espetó la hembra.

—¿Entonces eliges las Casas de Placer? —preguntó Malock, pareciendo divertido.

Los dientes de Jaston rechinaron. —No lo hace.

—Espera. No tan rápido. —Miró a Jaston—. ¿Eso es un burdel?

—Ciertamente lo es y no lo elegirás.

Vio el desafío en sus ojos y supo que su enfoque había sido equivocado. Esta hembra no se doblegaba rápidamente a su capricho como todas las demás que había encontrado. Esta parecía disfrutar oponiéndose a todos. Luchó contra el impulso de sonreír. Era perfecta. También se encontraría atada a los postes de su cama muy pronto. Haría lo que fuera necesario para asegurarse de que no estuviera al servicio de las Casas de Placer. Si eso significaba atarla a su cama, que así fuera. Ella iba a ser suya.

Sacudió la cabeza, tratando de razonar por qué estaba tan firme en esta creencia. Cuanto más miraba a la belleza que tenía delante, más entendía las historias de antaño. Ella realmente había sido creada para él. Estaba seguro de ello.

Malock levantó una mano para llamar la atención de los comerciantes. Comerciantes que temían a Jaston debido a sus encuentros pasados con él. —Quiero a esta.

—Ella es mía —dijo Jaston, cerca de cambiar de forma y acabar con Malock de una vez por todas.

Malock miró a la mujer. —¿Tienes un nombre, hembra?

Ella le mostró una sonrisa peligrosa. —Sara.

Sara.

A Jaston le gustó el nombre instantáneamente.

Sara miró en su dirección y luego se detuvo. Sus ojos se agrandaron. —Tus dientes.

Él se tocó la boca. Malditas estrellas, su enojo había hecho que sus dientes se alargaran. Tomó un respiro calmante y sus dientes volvieron a la normalidad.

—Estás a salvo —dijo—. Es la manera de los machos de Ralenium.

La sorpresa iluminó su rostro. —¿Estoy en Ralen?

Malock se lamió los labios. —¿Has oído hablar de nosotros?

—Nada bueno —respondió rápidamente, y luego sus labios se crisparon como si estuviera tratando de no reír.

Jaston lo notó entonces, la falta de odio que emanaba de Malock. El hombre había estado envuelto en él durante muchos ciclos, desde la Batalla de Tasieni. Ahora se había ido. Sí, continuaba provocando a la hembra, pero era casi juguetón para Malock, no malicioso. Pequeños vislumbres del hombre que Jaston recordaba comenzaron a mostrarse.

Jaston habría hecho un comentario, pero Garon y Lorne estaban cerca de una pequeña hembra y Garon parecía enojado.

—¿Quién se atrevió a tocarla? —exigió Garon.

Jaston miró a la hembra más cercana a Garon y notó los moretones en su mejilla. Se le revolvió el estómago y miró alrededor al resto del lote. Todas estaban marcadas de alguna manera, incluida la hermosa que demandaba su atención. Su sangre hervía.

Lorne empujó a Garon hacia atrás antes de que pudiera cargar contra los comerciantes y Jaston consideró asumir su misión. Los comerciantes ya parecían nerviosos y temerosos. Si decidían irse sin negociar un trato y llevarse a las mujeres, la hembra de Jaston se alejaría de él.

Casi rugió. Eso no sucedería.

Lorne empujó a Garon de nuevo.

—También quiero que mueran, pero esta no es la respuesta. Si sigues mostrando tus cartas, pondrán un precio demasiado alto sobre su cabeza.

Garon retrocedió.

—Habéis dañado la mercancía —dijo Lorne a los comerciantes—. ¿Creéis que pagaremos el precio completo por este grupo?

Los comerciantes se acurrucaron y mantuvieron una profunda conversación durante un rato antes de que uno se atreviera a hablar con los hombres de Ralen.

—La mitad —dijo, con una voz difícil de entender—. Pagaréis la mitad o nos iremos.

Jaston consideró arrancar el aparato respiratorio de la cara del hombre y luego destrozarle el rostro con el puño. Se contuvo. Fue difícil.

—¿Por todo el lote? —cuestionó Lorne—. ¿La mitad? ¿También habéis abusado de todas ellas?

Lorne se estaba pasando de la raya. Estaba poniendo en peligro a la destinada de Jaston. Jaston miró a los comerciantes.

—Pagaremos la mitad por el lote. Ahora marchaos.

Algunas de las mujeres emitieron sonidos que indicaban que tenían miedo. Sara y la mujer a la que Garon y Lorne habían estado cerca comenzaron a hablar con las otras mujeres. Una de ellas sollozaba histéricamente.

—Shh —tranquilizó la hembra de Garon—. Podría ser peor. Podríamos estar de vuelta a bordo con los hombres pez que caminan y hablan.

—Escuchasteis lo que nos dijeron los guardias antes de aterrizar —dijo una de las otras mujeres, llorando también—. Dijeron que estos hombres son crueles y que nos violarán y matarán si nos portamos mal.

Jaston y Malock compartieron una mirada encendida antes de centrar su rabia directamente en los comerciantes. Para sorpresa de Jaston, Malock cambió parcialmente de forma. Sus piernas estaban ahora cubiertas de pelo negro, al igual que sus brazos. Sus dedos se convirtieron en garras. Gruñó a los guardias.

Otros machos cambiaron completamente de forma. La mayoría de las hembras comenzaron a gritar. Jaston estaba dividido entre matar a los comerciantes y calmar a las mujeres. Mujeres de las que sabía poco más que cómo follarlas. Eligió lo que sí sabía. Intimidar. Se movió hacia los comerciantes. Ellos, a su vez, huyeron corriendo hacia su nave. El centro de control principal liberó su control electrónico sobre la nave. Los comerciantes se apresuraron a marcharse.

—Parece que este lote de mujeres es gratis —dijo Lorne.

Garon se dio la vuelta, señalando a los hombres que se habían transformado en bestias.

Volved inmediatamente, gritó en su camino mental. *Asustáis a las hembras.*

Malock y los demás volvieron rápidamente a su forma normal. Aunque ahora los que habían hecho el cambio completo estaban desnudos. Las mujeres a su alrededor los miraban con los ojos

muy abiertos.

Jaston levantó las manos en un gesto tranquilizador mientras se acercaba a las mujeres.

—Somos Ralenium. Somos una raza orgullosa. Violar y matar mujeres no es lo que hacemos.

—Sois monstruos. Monstruos bestiales —gritó una pequeña en la parte de atrás.

Tenía razón. Eran monstruos según su definición de la palabra. Exhaló y les habló con calma:

—Encontraremos alojamiento para vosotras hasta que se puedan hacer arreglos para llevaros a Tagun, nuestro planeta hermano. La Unión está en vigor allí. Podréis...

Sollozos, lloros y un chillido sonaron desde la masa de mujeres.

Sara frunció el ceño y luego negó con la cabeza.

—Deja de ayudar. Cuanto más hablas, peor se pone.

Dividido entre querer besarla y estrangularla, Jaston simplemente hizo una mueca y se mantuvo firme. Varios de los hombres que supervisaba tuvieron el descaro de reírse. Hizo una nota mental para agotarlos durante el entrenamiento al amanecer.

—La mayoría de nosotras no tenemos a dónde ir, y si nos llevan a un planeta controlado por la Unión, acabaremos en prisiones o algo mucho peor —dijo la mujer de Garon.

Lorne levantó los brazos.

—Por conmovedor que sea eso, Ralen no es un planeta que acoja refugiados. Las mujeres que residen aquí están casadas o son putas que sirven a cualquier hombre que entre en las Casas de Placer. Si deseáis quedaros aquí, os sugiero que os hagáis a la idea de ser seleccionadas por un hombre o folladas por muchos y rápidamente. Somos gente ocupada. No tenemos tiempo para dedicarnos a...

—Entendemos lo que estás diciendo —respondió la mujer de Garon.

Las mujeres se agruparon y hablaron. Pareció una eternidad antes de que la mujer de Garon diera un paso adelante.

—Aceptamos vuestras condiciones.

—¿Nuestras condiciones? —preguntó Garon.

La mujer asintió.

—Aceptamos las condiciones establecidas de que si deseamos quedarnos, debemos ser seleccionadas por un macho de vuestra raza o seremos colocadas en vuestras Casas de Placer para satisfacer las necesidades de los hombres. Tengo una petición. Las mujeres que no sean seleccionadas, ¿se les puede dar la oportunidad de trabajar, de ayudar, de hacer cualquier cosa que no sea ser enviadas lejos o directamente a las Casas de Placer?

—No —dijo Lorne—. O son tomadas por un macho o son llevadas a Tagun. Esto no está abierto a debate.

Jaston sabía que Garon y Lorne estaban comunicándose por el camino mental que su especie solía usar.

—Lo que él dijo —declaró Garon—. No hay discusión.

Las hembras hablaron entre ellas un momento más.

—De acuerdo.

Jaston fue directamente hacia Sara. Al igual que Malock.

Ella dio un gran paso atrás, alejándose de él, y de hecho se acercó a Malock. Confundido, Jaston se detuvo en seco. No se atrevería a elegir a Malock en lugar de a él.

¿O sí?

—Elijo las Casas de Placer.

Cuando las palabras salieron de sus labios rosados, el estómago de Jaston se apretó. Toda razón le abandonó y su bestia le gritó desde dentro que agarrara a la hembra, la llevara al bosque

y la follara hasta que su semilla echara raíces y ella se encontrara reclamada por las costumbres antiguas. Hizo un movimiento para hacer exactamente eso.

Malock se interpuso delante de él, bloqueando su camino hacia la mujer.

—Apártate —gruñó, con la boca parcialmente transformada.

—Viejo amigo —dijo Malock, haciendo que Jaston se detuviera. Malock no se había referido a él como amigo en mucho tiempo. Malock bajó la voz—. Esta es testaruda. Debe sentir que tiene elección. Permítele esto. Hablaremos con Utan. Él entenderá y nos ayudará.

Utan supervisaba las Casas de Placer. Era el jefe de los guardias que protegían a las mujeres y aseguraban las operaciones diarias de los burdeles. Utan y Malock eran primos hermanos, y las peticiones de sangre se tomaban en serio.

Jaston no se relajó. Clavó su mirada en Malock.

—Deseas ponerle un collar y quitármela. Esto es más de tus artimañas. Más de tu deseo de privarme de la felicidad.

—Jaston, he percibido El Calor sobre ti. Sé lo cerca que estás de caer por el precipicio. El mismo precipicio que nos obligó a cazar a Jayton.

Confundido, Jaston negó con la cabeza.

—No he estado sufriendo tanto tiempo.

Malock le tocó el hombro ligeramente.

—Sí lo has estado. Ambos lo hemos estado. Sé que siempre has creído que el exceso de cerveza esa noche causó que los recuerdos fueran poco fiables e incluso se borraran, pero ese no fue el caso. Perdimos el control entonces, Jaston. Yo más que tú —cerró los ojos—. Cuando despertamos al día siguiente, ya estábamos eufóricos por nuestra victoria en la batalla y parecía que no tenías memoria de nada más allá de eso. Envidié eso. Yo quería olvidar.

Horrorizado ante la idea de haber perdido el control, Jaston se tensó y miró a Sara, que estaba de pie a varios metros de ellos, como si estuviera reconsiderando su elección de un burdel. Tal vez era el mejor lugar para ella. Si Jaston ya había perdido el control de su Calor, entonces podría lastimarla sin querer. Asintió.

—Casa de Placer será. Vamos.

Ella abrió la boca y luego la cerró rápidamente. Inclinó la cabeza y lo siguió de cerca. El camino hasta la Casa de Placer más cercana era largo y Jaston sospechaba que a Sara le dolían los pies. Ella no era Ralenium. No estaría acostumbrada a caminar descalza o incluso con botas finas hechas de pieles de animales indígenas. Era de un planeta interior. Los habitantes de los mundos interiores no eran de constitución tan resistente como los machos Ralenium.

La tristeza lo envolvió. Consideró cargarla, pero el espíritu en ella sin duda rechazaría cualquier intento que hiciera por ofrecerle consuelo. Era mejor dejar que las cosas siguieran su curso. Malock bien podría estar en lo cierto.

Capítulo Seis

SARA CONTEMPLÓ la amplia habitación y se maravilló con los rojos que la decoraban y pintaban. El color era tan intenso que nada tan profundo y vibrante se habría encontrado en su planeta natal, a menos que tuviera un precio exorbitante. Flores blancas frescas de algún tipo estaban colocadas en jarrones decorativos por toda la gran sala de estar, contrastando con parte del rojo. Dos mujeres se acercaron desde el área de la cortina izquierda. Mantenían sus cabezas inclinadas mientras entraban, con bandejas de comida y bebida en sus manos.

Sara se encontró ligeramente celosa de su presencia. Sus pezones estaban perforados con joyas de oro, las cadenas adheridas a ellos rodeaban sus pezones dos veces y luego se enganchaban en un aro del ombligo. Delgados retazos de material de alta gama cubrían su sexo, pero cuando se daban la vuelta, solo una tela transparente cubría sus traseros. Las mujeres tenían cuerpos firmes, y por la forma en que se acercaban cada vez más a Malock y Jaston, Sara se preguntó qué tan bien conocían los hombres que la acompañaban esos cuerpos tonificados.

La que estaba cerca de Malock meneó sus caderas de manera tentadora. Empujó la bandeja de comida en su dirección, manteniendo la cabeza inclinada, sin hacer contacto visual con él.

—Amo —dijo en un tono suave—. ¿Puedo servirle?

¿Amo?

Sara se mordió la mejilla por dentro para evitar comentar. Peor aún, ella quería ser quien lo sirviera, no alguna mujerzuela con cadenas de oro. ¿Qué le pasaba? Ella no era una sirvienta. No era propensa a doblegarse ante los caprichos de otro.

Malock tomó un trozo de fruta de una de las bandejas que sostenía la mujer, su mirada demorándose en ella. Se metió la fruta en la boca y luego pasó sus nudillos por el pecho expuesto de la mujer. Le pellizcó el pezón y Sara casi le aparta la mano de un manotazo.

La mujer jadeó y meneó más sus caderas. Era fácil ver que le gustaba el dolor.

—Malock —dijo un hombre mientras entraba en la habitación. Carecía de los taparrabos que llevaban los otros dos, vistiendo en su lugar pantalones de cuero que se amoldaban a su cuerpo musculoso. Estaba sin camisa pero tenía brazaletes de oro en cada bíceps. El fuerte parecido entre él y Malock la hizo preguntarse si eran parientes—. ¿A qué debo el honor? ¿Quieres una hembra para azotar o tu verga necesita una buena mamada?

Sara se tensó. No estaba acostumbrada a tanta franqueza sexual.

El hombre se detuvo en seco, fijando su mirada en ella. Sonrió, pero le faltaba algo. La forma en que la observaba indicaba que la estaba evaluando. Miró a Malock—. Primo, me has traído una nueva puta.

Haciendo una mueca, Sara luchó por mantener una fachada impasible.

Malock esbozó una sonrisa—. Lo hicimos, Utan. Un premio, sin duda. Mira su cabello y sus pechos. Imagino que el tesoro entre sus piernas es igual de agradable.

Jaston no dijo nada, observándola en un silencio medido. Por alguna razón, ella se alegró de que su atención estuviera en ella y no en las dos mujeres vestidas con menos que ella.

No tienes derecho a estar celosa. No querías a ninguno de ellos.

Eso no era cierto. En cambio, los quería a ambos. Simplemente no podía aceptar ser mantenida o llevar un collar, o como fuera que lo llamaran.

Malock cubrió la distancia hasta ella—. La vida de servicio no es para todos. Ella tiene espíritu. Le irá bien.

Un tic comenzó en la mandíbula de Jaston. Apretó los puños y parecía muy tenso mientras Utan se acercaba a ella también. Sara permaneció perfectamente quieta mientras el hombre levantaba su cabello e inclinaba su cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como si estuviera inspeccionando ganado. Se sintió barata.

Barata era mejor que muerta.

Cuando la mano de Utan se deslizó sobre su clavícula en dirección a sus pechos, Jaston se movió a través de la gran habitación con una velocidad que la sorprendió. Agarró la muñeca de Utan y gruñó.

Malock tocó el hombro de Jaston y este soltó la muñeca de Utan. Utan no dijo nada al respecto. Continuó su inspección visual de ella, teniendo cuidado de evitar tocarla de nuevo con Jaston cerca.

Algo pitó detrás de la cortina y Utan se alejó, desapareciendo detrás de la cortina a la izquierda. Sara comenzaba a sospechar rápidamente que había una especie de oficina allí atrás. Las dos sirvientas revoloteaban, con sus bandejas listas al igual que sus cuerpos. Malock y Jaston ya no les prestaban atención y ella estaba agradecida por eso.

Son míos.

Se retorció ligeramente, sus mejillas sonrojándose ante su pensamiento. No eran sus hombres. Apenas los conocía. Aun así, no quería a las otras mujeres cerca de ellos. Cuanto más meneaban sus cuerpos las dos mujeres, más quería Sara volverse violenta. Ya estaba al límite debido a su situación.

JASTON CONTENÍA a su bestia por un hilo. Utan estaba demasiado cerca de Sara. Demasiado cerca de lo que era suyo. El plan de Malock de hacer que se rindiera ante ellos aparentando ceder a su elección de unirse a una Casa de Placer era demasiado para que Jaston lo manejara. Si Utan se atrevía a tocar a Sara de manera sexual de nuevo, Jaston no podría ser responsable de sus acciones. Por la forma en que Malock se posicionó hábilmente entre Jaston y Utan, Jaston supuso que el hombre lo sabía.

—Cálmate —articuló Malock sin emitir sonido—. Ella cederá.

Eso dices tú, dijo Jaston a través de su conexión mental. *Tiene espíritu. Lo sabemos. Tan impetuosa que podría unirse para desafiarnos.*

Malock se rió pero no dijo nada.

El Calor está sobre mí, advirtió Jaston. *Ella debe unirse a mí.*

También está sobre mí, amigo.

Jaston jadeó. Por mucho que no quisiera compartir a una mujer, la parte de él que veía a Malock como un hermano de armas, a pesar de su pasado, no podía permitir que su amigo se

perdiera en El Calor. *Entonces nos uniremos a ella.*

Capítulo Siete

SARA HIZO todo lo posible por asimilar todo lo que había pasado. El arresto, la detención, la certeza de la muerte, los traficantes de esclavos y ahora esto. Un burdel.

Hasta ahora, había conocido a media docena de chicas que trabajaban en esta Casa de Placer en particular. Todas parecían bastante agradables, pero Sara sabía que era mejor no confiar en ellas de inmediato. Había crecido rodeada de demasiadas prostitutas. Sabía que a menudo harían cualquier cosa por unas monedas, incluso traicionar a una amiga.

La realidad de su situación se asentó. Ella también era ahora una dama de la noche. Una mujer de alquiler.

Una puta.

Miró a Malock y Jaston, que estaban en profunda discusión con Utan. Una larga y profunda cortina dorada se abrió cuando otra mujer entró en la gigantesca sala de estar. Sostuvo la cortina abierta y observó la expresión de Sara mientras esta miraba más allá. Allí, justo dentro de la habitación más allá de la cortina, había cuatro mujeres y dos hombres. Un hombre estaba de pie con los brazos extendidos mientras dos mujeres chupaban su larga y gruesa erección. El otro hombre estaba enterrado hasta las bolas en una mujer atada a un banco. La cuarta mujer estaba allí, desnuda excepto por un collar rojo. Tenía una fusta en la mano, golpeando su propia palma mientras el hombre follaba a la mujer.

La mujer que sostenía la cortina abierta apartó su camisón y pasó sus manos sobre su pezón expuesto mientras continuaba observando a Sara. Sara mantuvo la cabeza en alto. Había estado con un par de hombres en el transcurso de su vida. No habían sido nada especial. Uno le había quitado la virginidad en sus efímeros segundos juntos, y el otro había sido abusivo con ella, nunca dándole lo que necesitaba pero tomando lo que quería con demasiada frecuencia para contar. Ella había terminado las cosas con él y él no había estado complacido.

Difícilmente era una violeta marchita que se desvanecería ante la idea de que le metieran la polla de un hombre, pero no podía concebir la idea de atender a muchos hombres. De tener siempre su cuerpo listo para que ellos se corrieran.

Cerrando los ojos por un momento, interiorizó el cómo y el porqué. Era esto o ser sometida por Malock o Jaston, fuera lo que fuera exactamente. Los traficantes de esclavos se habían ido. No tenía otra opción, no es que hubiera tenido muchas con ellos aún en el planeta.

No podía apartar la mirada del espectáculo que tenía ante ella. El hombre al que le chupaban la polla gimió y agarró la cabeza de una de las mujeres. Comenzó a follarle la cara a un ritmo que parecía doloroso. En lugar de sentirse asqueada por la vista de todo aquello, Sara se encontró extrañamente excitada.

Era vagamente consciente de que Malock y Utan hablaban en voz baja entre ellos. No podía apartar la mirada de lo que se desarrollaba ante ella. Era tan erótico. Tan tentador. Quería que un hombre fuera brusco con ella. Que le follara la cara con la misma necesidad que mostraba ese hombre. Quería el poder que la mujer claramente tenía, lo admitiera el hombre o no.

Jaston se acercó a ella, su cuerpo presionándose contra el suyo. Su olor varonil la asaltó y se encontró balanceándose contra él. Él acarició sus brazos y luego sus labios encontraron su hombro. Los besos que plantó en sus hombros la excitaron. Prometían más por venir.

El orgullo le impidió abrir la boca y retractarse de su decisión de unirse a la Casa de Placer. En ese momento simplemente quería unirse a Jaston. Ser una con él. Tener su polla en su boca, sus manos en su cuerpo.

Utan se acercó, receloso de Jaston. —Mi primo me dice que te llamas Sara. Como es costumbre, se requiere una demostración de habilidad. No aceptamos vírgenes sin conocimiento de cómo complacer a un hombre. Estoy seguro de que puedes entender por qué.

Sara se quedó helada.

Malock mostró una sonrisa aún más amplia. —Puedes unirte a la escena que se desarrolla ante ti o podemos ayudarte a crear una propia.

La mandíbula de Jaston permaneció tensa mientras deslizaba sus largos dedos alrededor de su muñeca. —Si lo deseas, Malock y yo podríamos interpretarlo contigo. Debe ser tu elección.

Ella miró a Utan. —¿Y tú?

Jaston gruñó.

Utan levantó las manos. —No. Todavía no. Primero simplemente observaría cómo los complaces a ellos. Si eres buena y aún deseas permanecer aquí en mi establecimiento, entonces discutiríamos números y años de contrato.

Tragó saliva con dificultad. Podía entrar y unirse a las mujeres con los hombres que ya estaban teniendo sexo, o tener sexo con Jaston y Malock. Cerrando los ojos por un momento, lo pensó. Mientras Jaston acariciaba su muñeca interior, la decisión se hizo clara. Abrió los ojos y se encontró con su mirada. —¿Me ayudarías?

—Al igual que yo —ofreció Malock, para claro disgusto de Jaston.

Las palmas de Sara comenzaron a sudar. Se encontró deslizando su mano en la de Jaston en busca de apoyo mientras asentía hacia Utan. —Los elijo a ellos para que me asistan en mi escena.

Las dos sirvientas tuvieron el descaro de mirarla, sus miradas estrechas y algo parecido al desagrado recorriendo sus ojos. Fue todo lo que Sara necesitó para encontrar el coraje para seguir adelante.

—¿Dónde lo hacemos? ¿Aquí mismo?

Utan se rio. —Está ansiosa. Eso es bueno.

Les hizo un gesto a todos y luego giró, dirigiéndose a un área diferente con cortinas. Apartó el cortinaje rojo y lo sostuvo mientras Malock, Jaston y ella entraban. Utan tomó la delantera una vez más, guiándolos por el largo y ornamentado pasillo. Grandes puertas de madera oscura con hermosos grabados las alineaban, espaciadas uniformemente. Sara solo podía adivinar qué depravación sexual estaba teniendo lugar detrás de cada puerta.

Utan finalmente se detuvo en una y giró el pomo. No estaba segura de qué esperar. Lo que encontró no era eso. Había una gran cruz de algún tipo en la habitación a la derecha. A la izquierda había una cama de gran tamaño, cubierta en varios tonos de púrpura. En la pared del fondo, fustas, látigos y cosas que ni siquiera podía comenzar a adivinar colgaban perfectamente, apareciendo como decoración, aunque era claro que eran para usar.

Sara se humedeció los labios, su cuerpo tensándose con necesidad y miedo. Estaba atrapada entre el impulso de correr y el abrumador deseo de someterse a Malock y Jaston, de dejar que hicieran con ella lo que quisieran.

Utan hizo un gesto hacia la habitación. —Disfruten.

—Oh, lo haremos —dijo Malock, dando una palmada en la espalda de su primo.

Utan hizo una pausa. —Es bueno ver al viejo tú otra vez, primo. Pensé que este lado tuyo se había ido.

—Yo también —respondió Malock.

Jaston observó el intercambio y luego miró a Sara. —¿Aceptas esto abiertamente?

—¿A ustedes dos conmigo? —preguntó ella.

Él asintió. —Nosotros complaciéndote. Nuestros miembros encontrando consuelo en ti. Nuestra semilla liberándose en ti.

Tenía una manera de hablar.

Decir que era directo parecía quedarse corto.

—Lo acepto abiertamente —dijo ella en voz baja.

—¿Has conocido a un hombre en tu cuerpo antes? —preguntó él.

Ella mantuvo su mirada. —Sí, lo he hecho.

Él no parecía complacido. —Entonces entiendes lo que puedes esperar.

Ella no tenía ni *frakdom* idea de qué esperar. Asintió de todos modos. —Por supuesto.

Utan salió de la habitación riendo suavemente, como si pudiera detectar fácilmente su mentira.

Capítulo Ocho

SARA ESTABA TAN FUERA de su liga y profundidad que no había palabras para describirlo. Sus hazañas sexuales palidecían en comparación con lo que ahora enfrentaba. Sin embargo, siempre había anhelado algo así. Algo más. Algo peligroso y completamente absorbente.

Malock alcanzó su mano, tomándola en la suya. La llevó hasta la cruz y la giró para que su espalda quedara contra ella.

—Levanta los brazos. Yo los sujetaré y luego Jaston se encargará de tus piernas.

—¿Me atan a esta cosa? —preguntó ella.

—Debes estar asegurada, sí —respondió Jaston. Se acercó a ella, sus dedos deslizándose bajo la fina tela que llevaba—. Esto debe irse.

Ella forcejeó con la prenda, sus dedos negándose a cooperar. Jaston la ayudó, y cuando el material cayó, acumulándose a sus pies, escuchó a los hombres jadear.

—Asegúrala —dijo Jaston entre dientes apretados.

Malock tomó sus muñecas y las ató firmemente, forzando sus brazos hacia afuera, sus pechos hacia arriba y su cabeza en alto. Jaston se paró frente a ella y absorbió la visión antes de inclinarse lentamente, su cálido aliento rozando su piel erizada. Ella siseó cuando sus dedos hicieron contacto con sus tobillos.

Por las estrellas, cómo deseaba tener sexo con este hombre.

Los ojos de él destellaron con color y inhaló profundamente, su atención en el sexo de ella. Inclinó su cabeza, presionando su nariz contra el tembloroso coño de Sara. El acto era audaz. La excitó aún más. Cuando su lengua se deslizó sobre su hendidura expuesta, ella casi murió en el acto. El placer la inundó.

Malock se rió y le dio una palmada juguetona en uno de sus pechos. Luego hizo lo mismo con el otro, provocando que un calor los atravesara. Pellizcó sus pezones mientras Jaston lamía su coño nuevamente. Los hombres la tenían a su merced. Lo sabía ahora. Reconocía que habían conseguido lo que querían al principio, y entendía que ella también lo deseaba.

Se tensó contra las ataduras que la mantenían en su lugar. Quería más. Quería ser follada.

Malock la olió.

—Jaston, su aroma.

—Lo sé —dijo Jaston, tomando un segundo de su asalto sensual a su coño. Su barbilla brillaba con los jugos de ella. La visión era erótica y ella quería más. Meneó sus caderas lo mejor que pudo.

La mirada de Jaston era salvaje, cruda, y ella supo que él estaba al mando. Que simplemente le había permitido creer lo que ella había dicho. Él era el tipo de hombre que exigía una

rendición completa y total. Lo sabía ahora y sabía que ella era el tipo de mujer que secretamente quería darle justo eso.

Nunca había sido tan traviesa. Tan libre con sus deseos sexuales. Era liberador, no humillante como siempre había supuesto que sería si cedía a sus deseos perversos.

—Más —susurró.

Los hombres compartieron miradas divertidas. Jaston separó sus piernas y enterró su rostro entre sus muslos. Malock pellizcó y tiró de sus pezones. Cada vez que lo hacía, había un destello de dolor seguido rápidamente por un placer ardiente. A ella le gustaba rudo. Le gustaba lo que él le hacía a su cuerpo.

Él inclinó su cabeza, acercándose, su boca cerca de la de ella. Incapaz de contenerse, ella presionó sus labios contra los de él. Su lengua se deslizó en su boca e instantáneamente comenzó a aparearse con la de ella. Si el hombre follaba como besaba, estaba a punto de darse un festín.

Jaston introdujo un dedo en su estrecho y húmedo pasaje y ella casi se corrió. Se retorció más, queriendo que añadiera otro dedo. Él accedió y ella besó a Malock más rápido, el hambre en ella ardiendo a nuevos niveles.

Malock arrancó su boca de la de ella y miró hacia otro lado. Fue entonces cuando notó el pelaje que brotaba en sus antebrazos. Contuvo su miedo, su pasión demasiado grande para ello de todos modos.

Jaston retiró sus dedos de ella y se puso rápidamente al lado de Malock.

—Viejo amigo —dijo, su voz calmada.

Malock no respondió.

Jaston levantó sus dedos brillantes y los extendió alrededor de Malock. Presionó sus dedos húmedos contra los labios de Malock.

—Prueba a nuestra mujer.

Malock se tensó.

—¿Nuestra? —preguntó, su voz sonando tensa.

—Nuestra —confirmó Jaston.

Malock la miró y ella vio los signos de su inminente cambio. Él era parte animal. Lo sabía ahora. Todos los hombres lo eran. Ya no la asustaba. La excitaba.

Ellos la excitaban.

No le importaba cuán depravada fuera, cuán pervertida. Quería a estos dos hombres y los tendría.

—Fóllenme —dijo audazmente.

Los hombres compartieron una mirada y Jaston asintió a Malock. Malock, a su vez, caminó hacia la pared y tiró de una palanca. La cruz a la que estaba atada comenzó a inclinarse hacia atrás. Ella jadeó y se encontró acostada de espaldas, atada a la cruz, abierta de par en par para ellos. Jaston fue el primero en acercarse a su sexo expuesto. Empujó su lengua dentro de su coño y ella gritó de placer.

Malock se acercó a su rostro. Con una mano se deshizo rápidamente de su taparrabos, arrancándolo. Su enorme polla se balanceó frente a su cara. Ansiosa, abrió la boca. Requirió algo de posicionamiento, pero logró colocarse en un ángulo en el que ella pudiera tomarlo en su boca. En el momento en que la cabeza de su polla pasó sus labios, se sintió completa, como si hubiera estado en el limbo toda su vida, esperando este momento, a estos dos hombres.

Jaston la follaba con los dedos mientras ella chupaba con hambrienta necesidad la polla de Malock. Varias cicatrices marcaban sus labios, pero no le quitaban nada a la belleza y perfección de su cuerpo esculpido. Su pesada, dura y ahora húmeda polla se deslizó más profundo en su

boca, tocando la parte posterior de su garganta. Ella se relajó, dándole la bienvenida.

Jaston añadió un tercer dedo, estirándola ampliamente, y ella arqueó sus caderas hacia él. Él se rio en su coño y luego se puso de pie. Ella no apartó la mirada de su tarea actual: la polla de Malock. Él necesitaba esto. La necesitaba a ella. Y ella lo necesitaba a él.

Chupó más.

La presión contra su entrada le dijo que Jaston estaba allí, listo para follarla. Lo quería. Lo quería a él.

Empujó su polla dentro de ella lentamente al principio. Era más grande que cualquiera de los hombres que había tenido antes y parecía entender ese hecho. Se tomó su tiempo, permitiendo que su cuerpo se ajustara a él. Pronto, la necesidad superó al sentido común y ella empujó hacia arriba, frotándose más profundamente contra su polla. Él rugió y luego se hundió profundamente en ella. El dolor dio paso rápidamente al placer. Estaba tan llena. Una polla en su boca. Una polla enterrada profundamente en su coño. Así es como siempre debería haber sido para ella.

Lo sabía ahora. Sabía que venir a este planeta no fue un accidente. Ellos eran lo que siempre había necesitado. Y por los sonidos de sus jadeos y gruñidos, y la sensación de sus pollas en ella, ella era lo que ellos necesitaban también.

Malock follaba su cara y ella jadeaba en busca de aire mientras su polla se empujaba profundamente en su garganta. Su saco de bolas golpeaba su mejilla por la extraña forma en que su cabeza estaba girada. Quería tocarlo, acariciar su trasero y forzarlo a embestir más rápido. Con sus manos atadas, no podía.

Jaston era un hombre que había complacido a muchas mujeres, se notaba en cómo movía sus caderas, cómo sabía frotar su clítoris con el pulgar mientras la penetraba con embestidas largas y constantes.

Malock puso su mano en el cabello de ella y luego empujó profundamente, manteniéndose firme, su miembro palpitando. El semen se disparó por su garganta. Ella tragó y no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando él retiró su miembro. Él se inclinó, sus labios encontrando los de ella. El beso fue tierno y lleno de emociones, emociones que ninguno debería sentir tan pronto, pero que claramente estaban ahí.

Rompió el beso y luego giró la cabeza de ella para que mirara directamente a Jaston mientras él estaba de pie entre sus piernas abiertas, follando su coño. —Míralo —dijo Malock—. Porque no se le conoce por follar de esta manera. Sin embargo, se empapa con tu visión. No aparta la mirada. Mira cuán ansioso está por ti. Mira la cruda necesidad que tiene por ti. —Le besó la mejilla—. Que *tenemos* por ti.

Jaston agarró sus caderas y perdió el ritmo entonces. Su velocidad aumentó y ella pensó que podría romperse por sus embestidas. En cambio, su cuerpo alcanzó nuevos niveles. Pulsó y luego el placer estalló a través de ella, emanando desde su entrepierna. Tembló, agradecida de estar asegurada, o habría flopeado como un pez fuera del agua.

Jaston gruñó y luego rugió de nuevo, sonando justo como un animal. Ella se encontró disfrutando del ruido, sabiendo que significaba que él también había perdido el control. Arremetió contra su carne y luego permaneció en su lugar, su coño pulsando alrededor de su miembro, su miembro derramando semilla en su vientre.

Su respiración era áspera y laboriosa mientras se retiraba. La miró fijamente y ella sintió su semilla filtrándose de su cuerpo. Él untó sus dedos a través de ella y luego los deslizó de vuelta a su cuerpo.

Malock rió suavemente. —Pronto tu semilla echará raíces en ella.

Jaston lo miró.

Con un encogimiento de hombros, Malock pasó una mano por el cabello de ella. —Sé quién será el primer esposo. No soy tan codicioso como para tratar de quitarte eso.

Sara, demasiado saciada para hacer mucho de nada, simplemente yacía allí, abierta, desnuda y completamente satisfecha. Una punzada en el fondo de su mente comenzó pero pasó rápidamente. —Mmm, sí.

Los hombres la observaron. —Jaston, creo que está sexualmente intoxicada.

—Creo que tienes razón —respondió Jaston. Asintió hacia sus pechos—. El rosa donde la pellizcaste es cautivador, ¿no?

—Mucho —concordó Malock—. Imagina su trasero cuando lo azotemos.

Jaston se lamió los labios. —Y cuando lo follemos.

Ella jadeó.

Jaston inclinó la cabeza. —Ningún hombre ha puesto su verga en tu culo, ¿verdad?

—N-no —logró decir.

—¿Cuántos han estado en tu coño? —exigió.

—No muchos —confesó.

Él puso una mano sobre su muslo. —A partir de este momento, solo Malock y yo estaremos dentro de ti. ¿Está claro?

Ella levantó la cabeza tanto como pudo. —Voy a trabajar aquí en la Casa del Placer. Los hombres van a...

Malock se abalanzó sobre Jaston, empujándolo hacia atrás justo cuando la rabia destelló en la mirada de Jaston. Malock se giró ligeramente. —Sara, ¿aún deseas servir a muchos aquí en lugar de solo a nosotros en una vivienda?

Ella hizo una pausa. ¿Todavía la querían?

—Ella no servirá a muchos. Mataré a cualquier hombre fuera de esta habitación, en este segundo, que se atreva a mirarla, y mucho menos a hundir su verga en ella. Es mía.

—Nuestra —le recordó Malock.

Jaston asintió. —Nuestra.

Sara quería sentirse ofendida. Gritar de nuevo que no pertenecía a ningún hombre, pero sabía que era una mentira. Era como si hubiera sido hecha para ellos. Pero ceder tan pronto iba en contra de su propia naturaleza.

Se lamió los labios. —Desátenme.

Malock levantó una ceja en cuestión. —¿Tu decisión?

—Me quedaré aquí —dijo—. A menos que Jaston me dé una muy buena razón para no hacerlo.

El júbilo brilló en los ojos de Malock. Él sabía el juego que ella estaba jugando.

Capítulo Nueve

LOS SONIDOS del agua chapoteando y suaves susurros flotaban por el pasillo de la Casa de Placeres hasta Jaston. Se había visto obligado a alejarse cuando Malock liberó a Sara de la cruz. Oírla elegir una vida de servidumbre sexual en lugar de él había sido demasiado para soportar. Malock se había quedado en la habitación con ella, llevándola a la cámara de baño contigua. Jaston, con su oído aguzado, pudo distinguir cada gemido de placer que escapaba de los labios de Sara mientras Malock la bañaba.

Malock también la había follado. Jaston lo había oído también. Le enfurecía menos de lo que había supuesto al principio. Utan había tenido razón. Un lado diferente de Malock se mostraba con la introducción de Sara.

Jaston conocía las viejas leyendas, las que aún contaban los guerreros de antaño. Aquellas que hablaban de dos machos Ralenium reclamando a una hembra para ambos. La hembra llevaría un collar con un colgante por cada macho. Jaston no podía recordar una unión así desde su nacimiento. El lado alfa en él exigía que ella fuera suya y solo suya. La otra parte, la que todavía deseaba desesperadamente encontrar al hombre que Malock solía ser, quería asegurarse de que su amigo volviera a estar completo. Si eso significaba compartir a su hembra, que así fuera.

No es tu hembra, se recordó a sí mismo. *Ha elegido el servicio a todos.*

Su mente divagó y se imaginó las interminables filas de hombres que llegarían a la Casa de Placeres buscando un polvo y una mamada. Querrían a Sara, ¿qué hombre no la querría? Era hermosa y vivaz y...

Tuvo que alejarse de todo aquello.

Una puta que era habitual en la Casa de Placeres se acercó. Era una a la que había follado por detrás muchas veces. Sus labios se curvaron en una sonrisa al verlo. —Maestro Jaston.

Él asintió. Normalmente, la visión de ella adornada con poco más que cadenas de oro hacía que su polla se agitara. Aunque, en su último encuentro, ella había sido incapaz de hacerle llegar al orgasmo por muy hábil que fuera su boca.

Se acercó a él y se arrodilló ante él, una señal de respeto a su posición y al hecho de que era un macho dominante. Algo que Jaston no podía imaginar que Sara hiciera con tanta facilidad. No. Sara era testaruda y se mantendría de pie solo para desafiarlo.

Resopló.

Aun así la deseaba.

La mujer ante él, cuyo nombre nunca se había molestado en aprender, pasó sus manos por sus muslos. Ella se estremeció y él pudo oler su coño. Estaba húmeda por él. Sería un polvo

dispuesto y podría ayudar a aliviar la frustración de ser rechazado por Sara. Jaston consideró el acto por una fracción de segundo, pero luego negó con la cabeza. —Levántate —ordenó.

Ella hizo lo que se le indicó.

—No te necesito. Encuentra a otro que necesite un polvo.

Pareció herida por sus palabras, pero eso le importaba poco.

Utan apareció por la esquina y se apoyó contra la pared mientras la puta pasaba junto a él. En todo el tiempo que Utan había estado encargado de supervisar esta Casa de Placeres en particular, Jaston no podía recordar haberlo visto ni una sola vez con ninguna de las putas. Malock a menudo bromeaba diciendo que su primo debía tener la polla más satisfecha de todo Ralen, pero Jaston dudaba de ese hecho. Parecía todo lo contrario. Parecía como si Utan tuviera muy poco interés en la abundancia de coños a su alrededor.

Eso, o estaba esperando al coño adecuado.

Utan levantó la barbilla. —¿Malock sigue con tu mujer pelirroja?

—Así es.

—¿Y tú no? —cuestionó.

—Ella me rechaza... nos rechaza incluso.

Utan escuchó, inclinando la cabeza hacia un lado. —Suena como si ella hiciera cualquier cosa menos rechazarlo. ¿Hay algo más?

—Dijo que desea quedarse aquí, en servicio.

Utan resopló. —Es demasiado obstinada para trabajar aquí. Apuñalaría a un cliente antes de follárselo. Y eso sería malo para el negocio.

El orgullo creció en Jaston. —Lo sé.

Otra de las putas de la Casa de Placeres apareció. Tenía una expresión preocupada en su rostro. —Maestro Utan, se ha enviado una convocatoria para el Maestro Jaston del Maestro Garon.

Jaston se animó. —¿Respecto a qué?

—Oh, yo nunca preguntaría. El Maestro Garon espera en la línea de comunicación en la oficina principal, señor.

Utan movió los dedos. —Ven rápido.

Jaston dudó, su mirada dirigiéndose a la puerta cerrada.

Utan tocó su brazo. —La están follando larga y duramente. No irá a ninguna parte por ahora y no permitiré que nadie salvo Malock esté con ella.

—Gracias.

Capítulo Diez

JASTON SE ABRIÓ paso hacia la torre de guardia y tuvo que mover un centro de comunicaciones volcado para hacerlo. Esperaba encontrar una masacre por el estado de las cosas. Cuando Garon le había dicho que la señal de emergencia había sonado en la torre de guardia seis, Jaston se había apresurado hacia allí, incluso transformándose parcialmente para hacer el viaje aún más rápido.

Olfateando el aire, percibió el olor a sangre, de más de una persona, pero no de muerte. Quien fuera que hubiera causado el caos y la destrucción ya no estaba allí. Su desorden sí. La torre de guardia estaba hecha un desastre.

La puerta se abrió de golpe detrás de él, y Jaston se hizo a un lado cuando Garon entró tambaleándose. Lo atrapó y lo ayudó a enderezarse. Garon se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jaston.

—Mi suposición es que los machos estacionados aquí pelearon —dijo Garon.

Jaston exhaló un largo suspiro.

—¿Por las hembras?

Con un resoplido, Garon asintió.

—Se han reportado muchos incidentes desde su llegada. Me han dicho que tú y Malock tuvisteis más que palabras.

Jaston dudó. No le gustaba admitir debilidad ante un oficial superior. Arrastró los pies y luego asintió.

—Es cierto.

—Por la hembra de cabello de fuego, supongo —dijo Garon.

Por nuestra compañera.

Resistió decir tanto, optando en su lugar por agacharse y recoger un receptor roto.

—Sí. Por Sara.

—¿Te has apareado con ella?

Sus ojos se abrieron de par en par. La mera idea de que Sara permitiera tal cosa después de elegir un burdel por encima de él estaba más allá de su comprensión.

—No me permite acercarme a ella. Su temperamento es el de una bestia ganoriana que no ha sido alimentada.

Garon se rio y le dio una palmada en el hombro a Jaston.

—¿Una bestia ganoriana, dices? ¿En serio?

—Creo que no le hago justicia a sus estados de ánimo —confesó Jaston—. Me detesta

enormemente.

—No percibí desagrado en ella cuando llegó. Recuerdo el olor de la excitación —dijo Garon claramente.

—Hacer que se moje y hacer que sea feliz son dos cosas muy diferentes. Le gusta bastante mi verga. Yo, no tanto. No es alguien que se someta fácilmente como esperaba que pudiera ser. —Quería decir más, pero se resistió. Era impropio comportarse de esta manera cerca de su superior.

—¿Pero se somete a Malock? —preguntó Garon.

Los celos desgarraron a Jaston.

—Sí.

—¿Y esto te desagrada? ¿No deseas compartir?

Jugó con el receptor roto, queriendo tanto desaparecer como continuar esta conversación. Estaba muy dividido.

—Deseo que ella acepte mis necesidades y me acepte a mí. Parece estar a gusto con Malock. ¿Por qué debería ser yo diferente?

Garon suspiró.

—Jaston, eres obstinado. Esperas que los que te rodean se dobleguen hasta el punto de romperse. Quizás ella no se rompe tan fácilmente. El enfoque de Malock para todo siempre ha sido menos directo que el tuyo.

Tenía razón. Malock era menos enérgico y menos directo. Asintió.

—¿Qué hay de ti y tu mujer?

Garon se puso rígido.

—Ella es naturalmente sumisa. Ha aceptado mi reclamo y el de Lorne.

—¡Esas son noticias gozosas! Deberíamos celebrar.

—Todavía no —dijo Garon—. Primero debo asegurarme de que ella entienda lo que ha ocurrido. Temo que sus costumbres terrestres limiten su conocimiento de nuestros rituales de apareamiento.

—¿Sientes algo por ella? —preguntó Jaston—. ¿Ella también agita tu lado bestial?

—Ella mueve cada lado de mí de maneras que no creía posibles. No esperaba poder ofrecer lo que sé que su especie requiere.

Jaston se estremeció.

—Amor.

—Sí. Las mujeres de la Tierra y su amor. —Garon sonrió—. Parece que es más fácil de dar de lo que uno creería.

—¿Sí?

Garon golpeó ligeramente el hombro de Jaston.

—Sí. Cuando ocurre el reclamo, todas las barreras que tienes caen. Te quedas en carne viva, deseando, sintiendo, necesitando y, extrañamente, amando.

Jaston no estaba seguro de creer a Garon, sin importar cuán experimentado guerrero fuera.

—Ahora, rastreemos a los responsables de esto y volvamos con nuestras mujeres. Lorne y yo tenemos una sorpresa preparada para Teon. Estoy ansioso por volver con ella y entregársela.

SARA SE ESTIRÓ PEREZOSAMENTE en la cama. Malock había llenado su boca con su semilla más de una vez mientras la ayudaba a bañarse. Ella pensó que se marcharía. En su lugar, salió de la habitación solo para regresar con bandejas de comida y una mirada hambrienta en su

rostro. Ella sonrió.

—¿Aún no has tenido suficiente?

Su mirada se fijó en su coño.

—Nunca. Dime algo.

Ella se apoyó sobre un codo.

—¿Sí?

—¿El vello que crece sobre tu monte de Venus es tan ardiente como el cabello de tu cabeza?

Ella soltó una risita.

—Lo es.

Él pareció emocionado.

—Entonces deberías permitir que crezca.

—Te gustaría eso, ¿eh?

—Mucho. —Dejó la bandeja y se subió a la cama. Su verga se balanceaba y ella se encontró extendiéndose hacia ella, acariciándolo. Él se movió sobre ella y ella abrió las piernas para él—. Ya estás mojada para mí. Puedo olerlo.

Se sentía lasciva y traviesa.

—Lo estoy.

Su mirada recorrió su cuerpo. Le agarró el pecho con fuerza, apretando justo al borde del dolor.

—Cuando Jaston regrese, querrá tiempo contigo. Tiempo para vincularse contigo. Tiempo para ver si su semilla echará raíces.

—Apenas soy una máquina de hacer bebés —dijo ella con una sonrisa.

—¿Tienes hijos? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

Él le agarró el pecho con más fuerza.

—Aparearse y reproducirse es una necesidad para nosotros. Sin ello, El Calor nos domina.

—¿El Calor? —preguntó ella, arqueando la espalda hacia él. Quería su verga dentro de ella una vez más. Era una chica sucia a la que le gustaba demasiado el sexo. Lo sabía, pero no le importaba. Quería su verga ahora.

Él le mordió el labio inferior, su poderoso cuerpo sobre ella, provocándola. Su verga empujó su entrada.

—Es una enfermedad que aflige a los machos de mi raza. Cuando se apodera de nosotros, no hay nada que se pueda hacer. Nos convertimos en forma de bestia y perdemos nuestra humanidad. No dejamos otra opción a los demás que cazarnos y acabar con nosotros.

Ella se estremeció y le tocó la mejilla, justo debajo de su cicatriz.

—Eso es tan triste.

Él asintió y luego cerró los ojos por un momento.

—Sara.

—¿Sí?

Empujó la cabeza de su verga dentro de ella y luego se mantuvo quieto.

—Jaston y yo ya sufrimos de El Calor. Jaston incluso más que yo. Si no completa un vínculo pronto, lo perderemos.

Su pecho se tensó. Envolvió las piernas alrededor de la cintura de Malock, obligándolo a penetrarla más profundamente. —¿Qué implica el vínculo?

—Te morderíamos mientras te follamos —dijo con franqueza—. Entre nuestra mordida y nuestro semen quedarías vinculada a nosotros. Luego, cuando llegue el momento adecuado, te

pondríamos un collar.

—¿Ponerme un collar? —preguntó, aún incómoda con la idea.

Él besó sus labios. —Para nosotros, los collares son como los anillos de boda que usan en algunas colonias de la Tierra. Representan el vínculo, el compromiso. Es un gran honor recibir un collar. Que dos machos te lo pongan sería aún más honorable.

Ella pasó sus pulgares por los labios de él. —¿Y si permito que ustedes dos me pongan un collar, este asunto del Celo se detendría para ambos?

Él asintió. —Y desaparecería completamente una vez que engendremos un hijo. Entonces solo tendríamos nuestra necesidad normal de sexo, ya sabes, solo unas cuatro o cinco veces al día en lugar de casi sin parar.

Su cuerpo ya dolía. No podía imaginar tener sexo con tanta frecuencia. Se levantó un poco, tomando aún más de su miembro. —Fóllame, Malock. Fóllame y vincúlate conmigo.

Él se tensó. —No puedo. No vincularnos. No todavía. No sin Jaston. Él tiene el primer derecho sobre ti.

Ella no pretendía entender sus costumbres. —Él se fue. No me quiere.

—Te desea enormemente y lo sabes bien. Juegas con sus emociones, diciendo que deseas quedarte aquí cuando es evidente que quieres estar donde sea que él esté.

Malock tenía razón.

Ella se estiró y le dio una palmada en el trasero. —Hablas demasiado. Fóllame.

—Zorra necesitada —dijo mientras la embestía.

Capítulo Once

JASTON CERRÓ con fuerza la puerta de su vivienda. Había pasado una semana desde que había visto por última vez a Sara y Malock. Una semana desde que abandonó la torre de guardia destrozada y regresó a la Casa del Placer, solo para enterarse por Utan de que Malock se había marchado con Sara. Una semana desde que Jaston se lanzó al bosque y pasó ese tiempo en forma de bestia, tratando de aclarar su mente y ahuyentar La Calor. No había funcionado.

Se dirigió con furia por el largo pasillo hacia sus cámaras de baño con la intención de lavarse la suciedad de la semana. Se detuvo al percibir el olor de una mujer. No cualquier mujer—suya.

Sara.

Giró y abrió con fuerza la puerta de su cocina. Sara se dio la vuelta rápidamente y soltó un grito. Tenía las manos pegadas al pecho y se relajó al ver que era él. Lo siguiente que Jaston supo fue que ella cubría la distancia hacia él y le rodeaba el cuello con los brazos. Lo abrazó con fuerza y él no pudo evitar devolverle el abrazo.

Hacía buen olor. Mejor de lo que recordaba. Su yalenise estaba de nuevo en sus brazos.

Ella se separó de él y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando. La ira lo invadió. —¿Malock te ha hecho daño? ¡Lo mataré! —gritó.

Ella agarró sus brazos superiores. —¡Para! ¡No! No me ha hecho daño. Está fuera buscando a ti. Un montón de hombres también. Pensaron... pensaron...

Ella apartó la mirada.

Jaston suspiró. Habían asumido que lo había atrapado La Calor, como su hermano.

Le tocó la mejilla y señaló sus lágrimas. —Estoy bien.

Ella lo abrazó de nuevo y él no pudo evitar abrazarla rápidamente, disfrutando de la sensación de su pequeño cuerpo pegado al suyo. —Estaba tan preocupada. Todos lo estábamos. Queríamos sorprenderte cuando dejamos a Utan, así que volvimos aquí para prepararnos para el enlace y luego nunca llegaste a casa. Simplemente...

La agarró por los brazos superiores y la apartó con cuidado medido. —¿Qué? —preguntó.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Él parpadeó. —¿Volviste aquí con Malock? ¿Te preparaste para el enlace?

Ella asintió.

—Pero no te caigo bien.

Ella rió y luego le dio un golpecito en el pecho. —Casi nada.

Estaba completamente confundido.

Sara se puso de puntillas y tiró de él. Él inclinó la cabeza y ella le besó los labios suavemente. —Te quiero más que me gusta, Jaston. Ahora por favor lávate. Hueles horrible.—

—¿No te irás? ¿Estarás aquí cuando termine?—

Ella sonrió más amplia. —Entraré y te ayudaré.—

Él se inclinó y la levantó, queriendo asegurarse de que no pudiera escapar de él. Ella lo quería. La idea le complacía mucho y ayudaba a calmar un poco a la bestia. Jaston pateó la puerta de la sala de baño y Sara jadeó en sus brazos. Él le sonrió, su mirada se dirigió a su vientre bajo. Se detuvo, preguntándose cuántas veces Malock había derramado su semilla dentro de ella.

Ella tocó su mejilla. —Él vino en mi vientre y en mis pechos.—

Sus cejas se juntaron. —¿Escuchaste mis pensamientos?—

—No.— Ella sonrió cálidamente. —Leí tu expresión. Además, he tenido mucho tiempo para hablar con Malock sobre tus costumbres. Sobre cómo serás el primer esposo y, por lo tanto, tu bestia querrá reproducirse primero.—

Él se detuvo. —¿Y estás bien con esto?—

Ella mordió su labio inferior, sus ojos se humedecieron de nuevo. —Hace una semana, no. Pensando que estabas ahí fuera atrapado en forma de bestia, siendo cazado y, al final, enfrentándote a la muerte, sí. Sí, quiero un futuro contigo, lo que sea que eso implique.—

Él quería follar con ella allí mismo. Se esforzó por no hacerlo. —Sara, quiero tiempo contigo. Tiempo para que crezcas a amarme. Puedo retrasar El Calor hasta entonces. Puedo esperar a que mi semilla tome raíz en ti hasta que estés lista.—

Lágrimas gordas recorrieron sus mejillas y ella apretó más sus brazos alrededor de su cuello. Le besó las mejillas. —Oh, gran tonto, ya te amo. Ahora date prisa y lávate.—

Jaston se apoyó en el panel a su izquierda y presionó el cuadrado para calentar la piscina de baño en la gran sala. En segundos, los chorros de filtración hicieron que el agua se agitara y se calentara hasta que comenzó a salir vapor.

Perfecto.

Entró en el agua con la ropa puesta, llevando a Sara con él. Ella chilló y luego le dio una palmada en el pecho desnudo. —Bájame. No te atrevas.—

Demasiado tarde. Él se atrevió.

Su polla se hizo pesada en su taparrabos y el agua poco hizo para aliviar el dolor de su pene. El agua levantó el material y continuó hacia la piscina de baño, más profundo, a pesar de las protestas de Sara. La sujetó contra su pecho y la risa brotó de él al ver la expresión de shock en su rostro cuando los sumergió debajo del agua.

Subió, el agua corría por él, salpicando a ella. Ella también se rió y luego se retorció en sus brazos, su boca encontrando la suya. Él devoró con avidez sus labios. Su lengua se encontró con la suya, el movimiento haciendo que su polla se contrajera.

Sara despojó con habilidad las capas húmedas del material de su cuerpo mientras envolvía sus piernas alrededor de su cintura. Jaston simplemente se mantuvo firme, permitiéndole hacer lo que le placiera. Ella se desnudó delante de él, arrojando su envoltura mojada al lado de la piscina de baño. Mientras sus pechos se aplastaban contra su pecho, él los miró fijamente, deseándolos en su boca y pronto.

Sara alcanzó entre ellos mientras se inclinaba para besarlo. Le gustaba este lado de ella. Esta mujer salvaje agarrándose a él. Ella retiró su taparrabos con manos hábiles y luego acercó su coño al glande de su polla. Jaston se aferró firmemente a sus caderas, temeroso de lastimarla. Ella era tan pequeña en comparación con él. Le preocupaba. Era su manera y cómo era entre un macho de su especie y una hembra.

Ella se hundió en su polla, ahuyentando a su bestia. Jaston gruñó mientras ella se movía

arriba y abajo sobre él con cuidado experto. Ella era una traviesa y era suya. Él debía ser el primer esposo, lo que significaba que en todos los ojos ella le pertenecería primero y ante todo. Se sumergió más en el agua mientras ella lo montaba. La suciedad de la semana pasada en el bosque se lavó y Jaston sostuvo las caderas de Sara, controlando sus movimientos.

A medida que sus huevos se tensaban, aumentó el ritmo con que ella lo montaba. Su coño lo apretaba de la manera justa, extrayendo su semilla. Frustrado, trató de detener el acto, queriendo complacerla primero. Sara se movió más rápido sobre él y perdió todo control. Su semilla la llenó.

Ella mordió su labio inferior y gritó en sus brazos, su coño convulsionando alrededor de su polla. Ella se empujó hacia abajo sobre él, quedándose en su lugar, permitiendo que la última de su semilla se derramara en ella. Jaston la abrazó fuerte, su lengua continuando su encuentro con la suya.

Hubo un fuerte ruido de choque. Él rompió el beso. La puerta de la sala de baño se abrió de golpe. Jaston miró a la izquierda para encontrar a Malock allí, jadeando, sus ojos abiertos. Su amigo olisqueó el aire y luego pareció calmarse un poco. Jaston supo entonces que Malock había captado el olor de su bestia y lo había rastreado hasta allí, a su hogar. También sabía que Malock había esperado lo peor.

Esperaba encontrar a Sara destrozada y a Jaston en forma de bestia.

Sara permaneció sobre él y le extendió la mano a Malock. —Está en casa. Está a salvo y está en casa.—

Malock reprimió una sonrisa. —Ya veo. ¿Jaston?—

Jaston asintió. —Estoy nervioso, pero ella ha tomado algo de lo peor ahora. Aunque, temo... —

—Vínculame a mí—, dijo Sara, interrumpiéndolo. —Muerdeme.

Jaston miró a Malock. Malock desabrochó su taparrabos y lo lanzó a un lado. No perdió tiempo entrando en la gran piscina. Se dirigió directamente hacia Jaston y le tocó el hombro. —Tiene razón. Es ahora o nunca.

—Ella merece algo mejor.

Sara pellizcó su barbilla. —Te deseo. Ahora.

Él sonrió, su polla se endureció dentro de su cálida vagina. Ella se movió sobre él una vez más, sonriendo como la sirena que era. Inclinó la cabeza y besó a Malock mientras él se acercaba a ella. Malock rompió el beso y se colocó detrás de ella. Miró a Jaston. Jaston asintió. Era el momento. La reclamarían abiertamente ahora.

Malock lechuguinó sus dedos y Jaston se enderezó, levantando a Sara del agua. Ella tembló un momento pero se detuvo en el instante en que Malock presionó su dedo en su trasero. Sus ojos se abrieron de par en par. Jaston movió su polla dentro de ella más fuerte, cubriendo sus labios con los suyos.

Sabía en el momento en que Malock entró en su trasero. Ella se tensó y le mordió la lengua. Jaston se rió en su boca y luego se separó del beso. Puso su frente contra la suya. Ella jadeó con cada embestida de ellos.

—Lo quiero—, logró decir. —Muerdeme.

Jaston permitió que su boca cambiara. Sus dientes se alargaron. Podía oler la bestia de Malock acercándose a la superficie también. Jaston puso su boca en su hombro derecho y mordió, su polla eligió entonces para liberar su semilla. Malock seleccionó el otro hombro. Sara estalló en sus brazos. Su cuerpo se tensó sobre su polla y ella gritó, aferrándose a él, besando su mejilla y moviendo su polla.

Su sangre cubrió su garganta y su semilla cubrió su útero. Ella era suya.

De ellos.

Ahora y para siempre.

La bestia se enroscó profundamente dentro de él, saciada por ahora. El Calor no reclamaría su alma. No. Esa tarea había pasado a Sara.

Ella lo miró con una mirada sexy en sus ojos. —Bienvenido a casa, esposo.

FIN

Sobre la autora

Una pizca de fantasía, una pizca de paranormal y mucho romance erótico.

La autora superventas del NY Times y el USA TODAY, Reagan Hawk, escribe machos alfa sexys y las mujeres que les hacen doblegarse con facilidad. Para leer más sobre los libros de Reagan, visita su sitio web www.reaganhawk.com